



Universidad de Chile

Facultad de Ciencias Sociales

Departamento de Psicología

“Para que nada nos separe, que nada nos una”

El proceso de redefinición del vínculo de pareja en jóvenes de estrato socioeconómico alto

Memoria para optar al título de Psicóloga

Autora:

Javiera Zúñiga Silva

Profesor Patrocinante:

Felipe Gálvez Sánchez

Académico Departamento de Psicología

Universidad de Chile

Santiago, Chile

2018

Resumen

La presente investigación tuvo como principal objetivo comprender los significados asociados al proceso de redefinición del vínculo de pareja en jóvenes de nivel socioeconómico alto, quienes están conformando nuevas formas de relaciones sexo-afectivas. En esta investigación se utilizó un enfoque cualitativo, y la información fue obtenida mediante entrevistas semiestructuradas, utilizando el análisis hermenéutico. La muestra de este estudio correspondió a 8 jóvenes, entre 18 y 23 años (4 mujeres y 4 hombres), estudiantes universitarios egresados de un colegio particular pagado ubicado en la comuna de Vitacura, Santiago. Dentro de los principales resultados, destaca que los entrevistados, así como sus coetáneos, están resignificando el discurso público de no establecer relaciones tradicionales, lo que permea el espacio íntimo y trastoca la propia emocionalidad, donde se asiste a un moldeamiento de la relación de pareja, ya no predeterminada. Además, surge la visión de trayectorias privilegiadas como un foco de análisis que permite enriquecer la comprensión de estas transformaciones. Los resultados de este estudio permitieron conocer la experiencia de estos jóvenes en cuanto a sus relaciones sexo-afectivas, su percepción de éstas y las tensiones que los interpelan. Estudiar a la juventud de clase alta es algo que ha sido escasamente estudiado a nivel nacional y muestra la importancia, en términos teóricos y públicos, de estudiar estos grupos con el afán de mirar una juventud situada en un espacio particular.

Palabras clave: juventud, trayectorias, vínculo de pareja, relación sexo-afectiva, redefinición, modalidad de la relación.

Índice

Introducción	4
Antecedentes.....	6
Objetivos del Estudio.....	14
MARCO TEÓRICO	15
I. Caracterización de juventud	15
II. Construcción social de juventud(es), trayectorias privilegiadas y la prolongación de la adolescencia	21
III. El concepto de pareja	24
IV. La pareja en la juventud, posmodernidad y amor líquido.....	26
MARCO METODOLÓGICO	31
Fundamentación metodología cualitativa.....	31
Muestra	33
Técnica de producción de datos.....	35
Técnica de análisis de datos	36
Dimensiones del estudio	37
Dimensión 1: Relación de pareja como algo Moldeable.....	37
Dimensión 2: Profundidad de la Relación	38
Dimensión 3: Lo Público y Lo Privado.....	38
Dimensión 4: Acuerdos Implícitos	39
Dimensión 5: Los Otros	40
PRESENTACIÓN DE RESULTADOS	41
Relación de pareja como algo moldeable	41
Profundidad de la relación	42
Lo Público y Lo Privado	44
Acuerdos Implícitos.....	46
Los Otros.....	47
ANÁLISIS DE RESULTADOS.....	49
Discusión.....	49
Conclusiones	64
Reflexiones finales	68
Referencias Bibliográficas.....	70

Introducción

Durante las últimas décadas, Chile ha pasado por una serie de transformaciones estructurales, debido a diversos factores, uno de ellos, el modelo neoliberal instaurado en dictadura, donde el énfasis está puesto en el consumo y en el desarrollo económico. Lo que hoy en día desemboca en que Chile es uno de los países más desiguales del mundo. (Casen, 2015) “nuestro país presenta altas y persistentes tasas de desigualdad de ingresos” (Casen, 2015, p. 21). Esto quiere decir que el 10% más rico gana 26,5 veces más que el 10% más pobre de la población (Casen, 2015) superando en más de un 100% el promedio de los países de la OCDE. (El Mostrador, 2016). De esta manera, la desigualdad en nuestro país se hace presente en distintos ámbitos, encontrando contrastes sociales y económicos que no pasan desapercibidos, como en el actual sistema educativo, el cual es altamente segregador. Según el Foro Chileno por el Derecho a la Educación (2014) Chile tiene el sistema educativo más privatizado y segregado de los países que rinden la prueba PISA, la cual mide los conocimientos de los estudiantes de países pertenecientes a la OCDE (El Mostrador, 2014).

Así, sólo las familias más ricas de la población general tienen acceso a la educación privada, financiando colegios de alto costo económico (mensualidades escolares que superan fácilmente un sueldo mínimo). De esta forma, sólo el 7% de la totalidad de estudiantes del país - jóvenes de nivel socioeconómico (NSE) alto - concurren a establecimientos particulares pagados (Espinoza, 2012). Es una minoría privilegiada que refleja la segregación y elitismo del actual sistema de manera muy clara: un establecimiento educacional es frecuentado por alumnos con características socioeconómicas similares. De esta forma, la educación a la cual se acceda genera también diferencias entre las experiencias estos jóvenes, como, por ejemplo, la posibilidad de estudiar en una institución de educación superior (y no “cualquiera”). Esta “elección” está condicionada, “las elecciones que los individuos realizan, y en general la posibilidad de elegir entre varias opciones diferentes, dependen de factores culturales, sociales y económicos, razón por la cual en las sociedades altamente desiguales dichas opciones son en realidad muy acotadas.” (Tenorio, 2012, p. 17). Este contexto deja en evidencia desigualdades no sólo económicas, sino que determina el entramado social de ciertas trayectorias vitales de estos jóvenes: “en el condicionamiento de las trayectorias vitales individuales y la diversificación de los proyectos de vida es necesario considerar las desigualdades sociales y de género” (De Oliveira y Mora, 2008; citado en Rojas-Solís & Flores, 2013, p. 132). En este

entramado complejo y desigual los jóvenes desarrollan, entre otras cosas, sus relaciones afectivas (Rojas-Solís & Flores, 2013).

Según la Séptima Encuesta Nacional de Juventud (Instituto Nacional de la Juventud [INJUV], 2012) “un 53% de la población joven se encuentra involucrada en algún tipo de relación de pareja, con distintos grados de formalidad y compromiso”, (p. 94) encontrándose en la encuesta las opciones “Estoy solo”, “Pololeo”, “Vivo con mi pareja”, “Ando con alguien” y “Comprometido para casarme”. De esta forma, la encuesta considera que hay más tipos de relaciones según el nivel de formalidad. Adentrarse en la distinción entre “Pololeo” y “Ando con alguien” puede estar lleno de matices, de hecho, ya la categoría “Ando con alguien” supone un amplio espectro. Así, los jóvenes de NSE alto tienen el mayor porcentaje de no estar en una pareja formal, pero “estar con alguien” cuando se les pregunta por su situación de pareja (8,7% en comparación al 6,6% y 7,2% de los NSE medio y bajo, respectivamente) (INJUV, 2012), un dato sumamente indeterminado en sus distinciones:

Que la mayoría de la población joven se declare soltera no significa necesariamente que estas personas se encuentran solas, sin ningún tipo de relación de pareja, sino que más bien se asiste a un proceso de redefinición de la modalidad del vínculo y tipo de relación que las parejas deciden formar (INJUV, 2012, p. 94).

De esta manera, cobra sentido indagar en los significados que atribuyen a este tema los jóvenes de nivel socioeconómico alto, ya que son una minoría favorecida que tiene sus derechos sociales asegurados y mayores posibilidades de adquisición de cosas materiales y no materiales. Así lo evidencia Escobar (2009) “los modos de acceso al consumo, particularmente en los jóvenes de ingresos medios y altos, implican ciertas dinámicas de apropiación de los objetos culturales en que la posesión constituye un marcador del lugar social del grupo desde una lógica del ‘gusto y del tener’, posible de satisfacer en las redes del mercado” (p. 108). Rivera y Guevara (2017) agregan que los estudiantes de establecimientos privados de élite “cuentan con ventajas innegables para acceder a posiciones de privilegio y poder en la sociedad chilena, ya que, por su origen social, la mayoría posee un acceso privilegiado a dichos establecimientos” (p. 12). Y sumando otras variables a la discusión, para Rojas-Solís y Flores (2013) en estos sectores de clase media alta, los cuales no son mayoritarios en ningún país, ocurre un fenómeno conocido como la prolongación de la adolescencia, dado por las posibilidades económicas de postergar con comodidad la vida adulta.

Antecedentes

La idea de que nos encontramos en un mundo líquido (Bauman, 2013), como metáfora de la posmodernidad, permite comprender algunos rasgos de nuestra sociedad actual, donde se ha dado paso a nuevas prácticas y a nuevas formas de significar el mundo y las relaciones humanas. Lo líquido no tiene forma fija ni definida, simboliza el flujo de las premisas sólidas que normaban la vida de los sujetos, hasta hace pocas décadas, ahora cambiantes y transformables. La seguridad y certidumbre dadas por mandatos sociales rígidos (casarse, tener hijos, tener un trabajo estable, etc.), han desaparecido, a cambio de libertad y autonomía:

La modernidad líquida entiende la libertad como emancipación de jerarquías o de discursos normativos que constriñen las voluntades de los individuos. La modernidad líquida se siente una sociedad más libre porque no se ve obligada ya a practicar la obediencia a Dios, a un monarca absoluto, a un líder, al padre, al Estado, a los imperativos de la moralidad o a los compromisos con la historia (Arenas, 2011, p. 116).

Sin embargo, esta desregulación liberadora en realidad “modifica la antigua regulación por una nueva basada ahora exclusivamente en los mecanismos e intereses del mercado” (Bauman, citado en Arenas, 2011, p. 116). Es así como el concepto de ‘libertad’ en la modernidad líquida, orientado a garantizar mayores grados de libertad en el espacio social,

ha sido adelgazado a tal extremo que la figura del consumidor ha pasado a ser el epítome y el único modelo de sujeto libre que nos cabe concebir. Y así, ya se trate del amor, el trabajo, la política o la propia identidad, la mentalidad contemporánea ve el mundo como un inmenso contenedor de objetos potenciales de consumo (Arenas, 2011, p. 116).

Relacionado a esto, Rojas-Solís y Flores (2013) explican, que “entrado el siglo XX hubo una secularización de los comportamientos amorosos en el noviazgo favoreciendo un discurso alternativo del amor y la sexualidad, ámbitos que hasta entonces eran regulados por la iglesia y el estado” (p. 3). Lo cual “echa sobre los hombros privados de los individuos el pesado fardo de una responsabilidad que en la fase sólida de la modernidad se asumía como una carga socialmente compartida” (Arenas, 2011, p. 116). De esta forma, para Bauman (2007, citado en Arenas, 2011) el

mercado actuaría ahora como el regulador de los vínculos humanos (más invisible y a simple vista más amigable), “en las sociedades de consumo la libertad se trastoca en una nueva obligación no menos imperiosa: la obligación de consumir” (Arenas, 2011, p. 116). Las sociedades basadas en el consumo únicamente triunfan logrando una constante insatisfacción de los consumidores (Bauman, 2007, citado en Arenas, 2011). Para la persona ‘libre’ posmoderna, el compromiso entonces se convierte en un riesgo para los ideales individualistas, mercantilistas y consumistas de la sociedad actual, en tanto las relaciones son pensadas en términos de costo y beneficio. Las relaciones amorosas, amistades, viajar, casarse o no casarse, ir a la universidad, todo es una opción consumible (y por tanto desechable). Arenas (2011) lo constata, “a diferencia del mundo sólido de la primera modernidad, lo que constituye una losa ahora es el inagotable horizonte de alternativas” (p. 116). Lo cual abre paso a la ambivalencia e incertidumbre propias de la posmodernidad “cada uno de nosotros ha de convivir a diario sabiendo de nuestra propia condición prescindible” (p. 120). Anhelamos tener relaciones interpersonales, sentimos la necesidad de apego y resguardo emocional de los otros, sin embargo, incomoda la carga que acompaña las relaciones estables y sólidas (Arenas, 2011).

En base a lo anterior, podemos decir de manera bien convencida que “el tipo de sociedad en que vivimos actualmente no es el mismo de hace unas décadas” (Marín, 2008, p. 3), así nos encontraríamos frente a un *cambio epocal* (Marín, 2008), “pareciera que han desaparecido las antiguas certezas que proporcionaban las relaciones tradicionales, por lo que la vida amorosa se ha convertido en un terreno movedizo, inestable y abierto” (Guevara, 2001, citado en Romo, 2008, p. 21). “Las experiencias con una pareja, para quienes la han tenido, conllevan en muchos casos procesos reflexivos y se presentan diversas prácticas, entre otras: los novios, los ‘amigovios’ o amigos con derecho, y los noviecillos informales. En todas estas relaciones pareciera haber una necesidad importante de experimentar lo nuevo y una mayor libertad para hacerlo” (Bauman, 2003; en Romo 2008, p. 2), es decir, donde hay un “interés por compartir y conocerse mutuamente, sin que esto conlleve ningún compromiso particular (salir o andar con alguien)” (Rivera, Cruz, & Muñoz, 2011, p. 2). Para Rojas-Solís y Flores (2013) el noviazgo “ha experimentado numerosas transformaciones en sus diversas manifestaciones, significados y expectativas” (p. 4).

Así, en relación a los procesos de redefinición de los vínculos de pareja, el grupo social de la juventud constituye un sector al cual hay que mirar, ya que está más permeado a los cambios de la modernidad y a los procesos de globalización, y, por

tanto, es un sector altamente tensionado (Molina, 2016). Por este motivo, lo que significa estar en pareja cobra importancia, ya que este proceso nos habla de la capacidad de elegir y de decidir por nosotros mismos, deseos de definirnos, implicando una construcción del significado de la relación entre el sí mismo y el mundo, así como también una discursividad asociada. Todas aristas importantes en el mundo juvenil. La tensión en este grupo social se enmarca bajo una matriz posmoderna de transición a la vida adulta (Feixa, 2005), la cual es completamente distinta a otras épocas. Hoy en día encontramos una “desnormativización de la vida social” (Marín, 2008, p. 1) en los jóvenes. Ya hace casi dos décadas Krauskopf (1999) planteaba que, para la juventud, los supuestos y normas instaladas no bastan para enfrentar la aceleración de los cambios. También que es necesario “comprender la juventud como la fase biográfica que expresa las transformaciones de la sociedad que están viviendo los sujetos” (Krauskopf, 2015, p. 1). Lo que es pareciera ser transversal en los estudios de juventud, independiente de la época, pareciera ser esto último, sin embargo, para Margulis (2003) “cada época tiene su episteme, y las variaciones epistémicas son percibidas y apropiadas durante su proceso de socialización (...) cada generación se socializa, en cierto sentido, en un mundo diferente” (p. 13). Tenorio (2012) señala que el entramado social en el que nos encontramos constituye una ‘modernidad tardía’ o ‘segunda modernidad’, lo que se constituye como un recurso heurístico que da cuenta de “nuevos fenómenos en cuanto a las relaciones de pareja” (p. 8). De esta forma, estaríamos frente a dos fenómenos sociales en relación: un mundo cada vez más variable en sus formas y posibilidades (así es, líquido), y lo que distintos autores han descrito como “ser joven” (tales como, desafiar la norma y lo establecido, independiente de la época), por lo que ambos fenómenos, se complementan, generando un objetivo de análisis particular. La psicología no puede quedar ajena a esto, como si se tratase exclusivamente de un tema sociológico. Ya sólo en la clínica podemos constatar estos mismos fenómenos sociales desde un espacio íntimo donde los sujetos consultantes llegan con un padecer. Para Bauman (1995, citado en Arenas, 2011) el psicólogo, el terapeuta, es el primer testigo de estos ‘miedos líquidos’, “que dan forma a nuestro desconcierto y nuestro desasosiego ante la imposibilidad de lograr cuadrar el círculo de una vida condenada a vivir en fragmentos” (p. 120).

Es una metamorfosis de las formas habituales de estar en pareja (el “pololeo”, particularmente en Chile), entendido este tradicionalmente desde una lógica pre-adulta que conlleva a la convivencia, al matrimonio y/o a tener hijos. Este entendimiento así lo evidencia Rivera, Cruz y Muñoz (2011) “las relaciones amorosas adolescentes

transitan a lo largo de cuatro etapas, siendo las relaciones de pareja comprometidas propias de la finalización del período” (p. 2) (es decir, ya en lo que podría llamarse juventud). Se entiende entonces el pololeo como algo esperado y normativo propio de la juventud que “avanzará” a formas más “formales” de relación, entendiéndolo como algo necesario para llegar a ser adulto. Así lo plantea Duarte (2015) en un plano más amplio, acerca de una forma de entender el mundo desde una lógica adultocéntrica, a través de una

matriz sociocultural que impone una noción de lo adulto o de la adultez como puntos de referencia (...) en función del deber ser, de lo que ha de hacerse y lograr, para ser considerado en la sociedad, según unas esencias definidas en el ciclo vital (...) ordena (naturalizando) lo adulto como lo potente, valioso y con capacidad de decisión y control sobre los demás (p. 41).

De esta forma, se pierden ricas posibilidades de análisis, entendiendo, entonces, que se ha complejizado y problematizado lo que típicamente se entiende por estar en pareja, y no sólo las relaciones ‘comprometidas’ serían propias de este período, como si marcaran el final de una etapa, entendiendo que el concepto de pareja, hoy tiene un espectro más amplio y flexible entre los y las jóvenes, donde sería más adecuado hablar de relaciones sexo-afectivas, ya que podemos entender el pololeo como una construcción social capaz de ser cambiada y amoldada, a la vez que consideramos que el sujeto juvenil está construido y enmarcado por la cultura (Duarte, 2015). Así,

las culturas juveniles irrumpen en los órdenes de la subjetividad, mostrándonos que las maneras de ser y existir que presuponemos como normales, esperables, casi naturalizadas, no lo son; y que siempre existen posibilidades de fuga, de escape, de interpelación a los poderes que someten al sujeto (Escobar, 2009, p. 110).

Lo que en el plano interpersonal permite un establecimiento de relaciones sexo-afectivas de manera diferente, desmarcadas de la meta y la norma, fuera de estos supuestos, existiendo una gran variedad de relaciones de pareja (sin fines matrimoniales). Éstas varían;

según los grados de mutuo involucramiento y formalidad, en su concepto, significado y función social, que además se reconstruyen día con día. (...) las relaciones de pareja de nuestros jóvenes que otrora se tenían por estables o inmutables, lo cual sin duda afecta de lleno en el entendimiento de las dinámicas relacionales que ellos y ellas construyen. (Rojas-Solís & Flores, 2013, p. 4).

Lo cual abre paso a una inexorable ambivalencia, tensiones y contradicciones dentro y fuera del individuo, que aparecen fuertemente en sociedades posmodernas como la nuestra. Como señala Tenorio (2012),

Podemos decir que las relaciones amorosas que se practican en la modernidad tardía, es decir, en un contexto social y cultural diferente al tradicional, implican una serie de cambios tanto en las disposiciones individuales como en el ámbito de lo colectivo; dicha práctica presenta una serie de contradicciones pues, por un lado, se da en un contexto que permite y estimula la reflexividad del sujeto para escoger entre diferentes opciones y posibilidades, que en términos de relaciones de pareja significa que se elige entre un número variado de atributos personales, y en la que es posible la construcción de un estilo de vida, por el otro, sin embargo, dicha elección está acotada por la situación material y social real del sujeto, que no cuenta en todos los casos con recursos ilimitados para la construcción de un "plan de vida" a la medida, o para la construcción de una pareja basada en la satisfacción emocional recíproca y la negociación de todos sus atributos o componentes (p. 11).

Como lo evidencia Margulis (2003), "los jóvenes ponen de manifiesto los cambios culturales con más intensidad y variedad que las generaciones que los preceden, y es el plano de la cultura, antes que el de la economía o el de la política, el que evidencia los nuevos códigos en marcha y las nuevas modalidades que asume la juventud" (p. 13). Sin embargo, la visión de cambio social que se le atribuye a las juventudes elude el conflicto entre las diversas generaciones, constituyendo para Duarte (2015) una perspectiva interesante, que permite leer "lo social desde lo juvenil en perspectiva generacional" (p. 39).

De esta forma, la vivencia de estar en pareja y la discursividad que los y las jóvenes refieren a este tema transita hoy en espacios distintos a los conocidos "pololos" encontrándose nuevas formas de construir y entender a la pareja en un plano subjetivo, lo cual no ha sido estudiado y va más allá de las parejas sexuales ocasionales ("encuentros esporádicos o casuales con diversos grados de intimidad sexual, sin compromiso futuro, que pueden establecerse con una o varias personas") (Rivera, Cruz, & Muñoz, 2011, p. 2) sino personas que eligen estar juntas, compartir el tiempo en un plano más allá de lo sexual, sino también afectivo (donde la presencia o ausencia de relaciones sexuales no es criterio para definir el tipo de relación), que no se denominan "pololos" pero realizan algunas de las pautas (pero no todas) de este

tipo de relaciones, con un rechazo a estas denominaciones, como una especie de relación no explícita pero sí latente, por tanto surge una principal interrogante ¿por qué queremos estar juntos sin “estar juntos”?, ¿cuál es el rol del lenguaje y el discurso, de una realidad que no se enuncia ni declara pero sí se vive? ¿cómo significan y construyen la vida en pareja los jóvenes chilenos? Y más específicamente, los jóvenes de clase media-alta, puesto que constituyen un grupo específico privilegiado en cuanto al acceso a información e influencia de posiciones más modernas y liberales (Molina, 2016).

Para muchos jóvenes, el denominar una relación como de noviazgo (o “pololeo”) podría parecer irrelevante o carecer de sentido, “lo que se entiende hoy por tal vínculo difiere de lo que se concebía hace tan sólo algunas décadas, e incluso años” (Rojas-Solís & Flores, 2013, p. 9). Lo que refleja una nueva discursividad como manera de plasmar una concepción del mundo y de las cosas, entendiendo este fenómeno como una práctica de resistencia más compleja a lo tradicionalmente dado de estar en pareja: “La diferencia emerge así como posibilidad política concreta y contigua a la subjetividad, como potencia de fuga, como deslinde de órdenes sociopolíticos que se constituyen hegemónicos y naturalizados” (Escobar, 2009, p. 110).

De esta forma, a través de la presente investigación se pretende realizar un acercamiento al proceso de redefinición de lo que estar en pareja significa para jóvenes chilenos de clase alta, con la intención de contribuir a la falta de información respecto del tema y de este grupo social en específico, teniendo en cuenta los acontecimientos económicos, políticos y socioculturales ya esbozados. Para Rojas-Solís y Flores (2013) existe una gran variedad de estudios de las relaciones de pareja de los jóvenes, sin embargo, basados en la anormalidad, el déficit y las conductas de riesgo:

Consideramos que las relaciones de pareja de nuestros jóvenes constituyen en sí un objeto de estudio con naturaleza y características propias que merecen un tratamiento desde la Psicología y que vaya más allá de la implementación de teorías y enfoques sobre las relaciones adultas. De esta forma no sólo nos acercaremos a su realidad sólo como pretexto de conductas como el consumo de alcohol, las agresiones o la desigualdad de género (p. 16).

Molina (2016) (si bien se refiere a los cambios en la sexualidad femenina en Chile) indica que, en nuestro país, a través de investigaciones cuantitativas (como última

Encuesta Nacional de Juventud del año 2012), se ha ido constatando en los jóvenes chilenos una tendencia al cambio progresivo hacia posiciones más liberales, sin embargo, se han efectuado pocas investigaciones de carácter cualitativo que permitan observar desde otra vereda cómo han ido cambiando los discursos y prácticas, en cuanto a la vivencia de la sexualidad, la pareja y la familia, entre otros. Llama la atención que en dicha encuesta aparezca la categoría “Andar con alguien” sin un intento de comprenderla más allá del número de jóvenes que declaran estar en esa situación sentimental determinada.

Así, el tema a investigar son los significados asociados al proceso de redefinición del vínculo de pareja en jóvenes universitarios de nivel socioeconómico alto (sector poco estudiado), hombres y mujeres, egresados del colegio particular pagado “San Esteban Diácono”; ubicado en Vitacura y perteneciente a la comunidad diaconal enmarcando su proyecto educativo con “cristo en el centro” (Colegio SED, sitio web, 2016), institución que se basa en los valores del evangelio para educar a sus alumnos, situándose como un colegio privado de élite. En este sentido, se hace atingente estudiar las construcciones en cuanto a las relaciones de pareja de algunos jóvenes egresados de este establecimiento, debido a las ventajas que claramente poseen:

un estudiante universitario de un colegio privado de elite tiene una probabilidad seis veces mayor de ejercer un cargo directivo en empresas que un estudiante universitario que viene del Instituto Nacional, y diez veces más alta que un universitario que egresó de algún otro colegio o liceo de enseñanza media, pese a que los colegios privados de élite, los colegios públicos de élite y el resto de los liceos representan al 4,9%, el 3,8% y el 91,3% de los alumnos/as del periodo respectivamente (Rivera & Guevara, 2017, p. 12).

Se estudian a jóvenes situados desde las esferas dominantes, poniendo en relación varios aspectos: lo conservador y religioso del establecimiento educativo de origen, por un lado, los privilegios con los cuales cuentan estos jóvenes como sujetos válidos insertos en la sociedad, por otro, y el cambio del significado que se le atribuye a las relaciones de pareja como fenómeno propio de la juventud actual, con el objetivo de rescatar el discurso de los jóvenes y sus prácticas en sus relaciones de pareja. Por tanto, se entrecruzan tres ámbitos para comprender este proceso de redefinición de los vínculos amorosos: juventud, posmodernidad y privilegios, problematizando en torno a una nueva comprensión en cuanto a este ámbito. Se hace atingente lo que propone Escobar (2009) para indagar en el surgimiento de nuevos procesos juveniles

situados en la sociedad del bienestar (ABC1) versus la juventud marginal: “entre unos y otros, jóvenes incluidos o excluidos, no es lo mismo participar de la sociedad desde dentro que desde sus márgenes” (p. 108). En una sociedad como la chilena,

en la que perduran las desigualdades entre los sexos, las clases sociales y las etnias, los sujetos, independientemente que las normas hayan cambiado o estén cambiando y se estén diversificando rápidamente, se ven obligados a organizar sus prácticas y su identidad social y sexual, dándole sentido a su vida sexual y a sus experiencias íntimas (Barrientos, 2006, s/n).

Es precisamente ese nuevo ‘orden’ el cual se pretende explorar, ampliando la mirada en cómo significar este ordenamiento en las relaciones de pareja, lo cual incluye lo planteado por Barrientos (2006), pero agrega una nueva variable de análisis.

De esta forma, la presente investigación se realizará a través de una metodología cualitativa en torno a la siguiente pregunta de investigación: *¿Cuáles son los significados asociados al proceso de redefinición del vínculo de pareja en jóvenes universitarios de nivel socioeconómico alto?*

Objetivos del Estudio

Objetivo general: Comprender los significados asociados al proceso de redefinición del vínculo de pareja en jóvenes de nivel socioeconómico alto.

Objetivos específicos:

- Conocer la percepción acerca del noviazgo y otros vínculos de pareja de algunos jóvenes de nivel socioeconómico alto.
- Conocer la influencia de variables socioeconómicas en las dinámicas relacionales de estos jóvenes.
- Identificar, desde la perspectiva de los entrevistados, la presencia o ausencia de tensiones y ambivalencias en la conformación de nuevas formas de relación de pareja.

MARCO TEÓRICO

I. Caracterización de juventud

Tradicionalmente, teóricos clásicos de la psicología del desarrollo utilizaron el concepto de juventud para definir el período posterior a la adolescencia, etapa muy estudiada y teorizada (Marzana, et al., 2010). Los aportes de autores norteamericanos, como Erikson (1968), Keniston (1971) y Levinson (1978) describen lo que significa ser joven en el ciclo vital (Marzana, et al., 2010).

Erikson se resistió, normalmente, a especificar períodos de edad, pero sí mencionó la “adolescencia prolongada” propia de las sociedades industrializadas. Keniston, por su parte, planteó una teoría de la “juventud” (*youth*) concebida como un período, entre la adolescencia y la adultez, de continua experimentación de roles y marcado por una tensión entre el sí mismo (*self*) y la sociedad (...) Levinson definió el amplio período de 17 a 33 años como la “fase novicia” (*novice phase*) del desarrollo, cuya meta ineludible es la transición al mundo adulto y la construcción de una estructura estable de vida (p.3).

Las tres definiciones son nociones de juventud que se superponen entre ellas al momento de delimitar el período que abarca y lo que implica, teniendo en cuenta que la Asamblea General de las Naciones Unidas, en el año 1985, definió juventud como la cohorte entre los 15 y 24 años, distinguiendo a los adultos jóvenes entre los veinte y veinticuatro años (Taguenca, 2009; Krauskopf, 2015). Fue Arnett (2000, citado en Marzana et al., 2010) quien recopila estas ideas y le otorga vigencia e importancia a un concepto más acotado: “adultez emergente”, entendiendo esta fase como la etapa comprendida entre los 18 y 25 años. La adultez emergente también incluiría la adolescencia tardía y la adultez joven.

Los adultos emergentes exploran una variedad de posibles direcciones de vida en el amor, el trabajo y las visiones del mundo. Arnett (2000, 2004) plantea que el concepto de “adultez” emergente se sustenta tanto teórica, como empíricamente, y se constituye así en un aporte novedoso a las teorías del desarrollo humano (Arnett, 1997; Fierro Arias y Moreno Hernández, 2007, citado en Marzana et al., 2010, p. 3).

Sin embargo, se presenta una gran diferencia en los rangos de edad utilizados, siguiendo presente la complejidad de delimitar las edades y la intersección de estas para definir lo que significa ser joven, ya que encontramos de igual forma dos períodos que se superponen entre sí: adulto emergente y adulto joven, mientras que el primero

“corresponde al período de 18 a 25 años (Arnett, 2000, 2004; Fierro Arias y Moreno Hernández, 2007), ‘adulto joven’ suele definirse para el período de los 20 a los 29 años” (Scabini, Marta y Lanz, 2006; Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2008; en Marzana et al., 2010, p. 3).

Todas estas propuestas para entender el ser joven están pensadas para definir a los adultos jóvenes en países ‘primer mundistas’, en tanto juventud alude a un constructo situado. La Asamblea General de las Naciones Unidas, pese a entregar una demarcación que intenta ser global al delimitar la edad, reconoce que esta definición posee variaciones importantes en los diferentes países, incluso en aquellos dentro de las Naciones Unidas, en tanto no existe una definición universal (Taguenca, 2009). El adulto joven o adulto emergente es un fenómeno muy reconocido y difundido en Norteamérica y en Europa, pero la juventud en los países de América Latina agrupa una gran variedad de experiencias, entre ellas la inestabilidad y los cambios (Marzana et al., 2010). Estos autores latinoamericanos plantean que la definición de la juventud “va más allá de una delimitación de edad” (p. 3), ya que todas las propuestas clásicas son provenientes de Norteamérica, y se preguntan cómo aplica esto a los países de nuestro continente. Así lo plantea también Duarte (2015), quien desarrolla la idea de que la consolidación de la juventud como concepto “fue una producción hegemonizada por las nociones de Occidente capitalista -Europa y Estados Unidos- que acentuaron una concepción de la juventud como transición, crisis de identidad y futuro” (p. 24). Justamente, Dávila, Ghiardo y Medrano (2005) proponen que juventud, “es una construcción histórica, que responde a condiciones sociales específicas que se dieron con los cambios sociales que produjeron la emergencia del capitalismo, el cual otorgó el denominado espacio simbólico que hiciera posible el surgimiento de la juventud” (Morch, 1996, citado en Dávila et al., 2005, p. 32).

En consiguiente, comprender lo que significa juventud implica adoptar una mirada abierta ya que no encierra una categoría única para su análisis. Los rangos etarios no son suficientes para el análisis de lo juvenil, y en esto parecieran coincidir varios autores revisados (Brito, 1998, Dávila et al., 2005; Taguenca, 2009; Marzana et al., 2010; Krauskopf, 2015) pero sí necesaria para marcar algunas delimitaciones iniciales y básicas, no orientadas a homogeneizar el conjunto de sujetos de la misma edad (Dávila et al., 2005). Krauskopf (2015) complementa este punto de vista, planteando que la edad, al no ser un dato suficiente, tiene significados distintos según nivel socioeconómico, género y cultura, en tanto el valor que se le otorga depende desde dónde y hacia dónde se dirigen las políticas públicas orientadas a la juventud,

enfrentándose a “una difícil construcción de la juventud como identidad independiente y auto constitutiva de sí misma” (Taguena, 2009, p. 8). Para Brito (1998),

Lo que encontramos como definición en los trabajos de juventud, frecuentemente no va más allá del establecimiento de determinados rangos de edad, entre los cuales se *comprende* a la juventud, lo que evidencia que se trabaja con segmentos de la población. Sin embargo, una ciencia no se construye con un objeto real, sino, como afirman Bourdieu et al., con un objeto construido (p. 2).

De modo que es necesario tener precaución al momento de definir “juventud” como una sola, considerando las complejidades presentadas para establecer una aproximación conceptual de lo juvenil (Dávila et al., 2005). De acuerdo con esto, Borobia (2012), afirma: “la imposibilidad de pensar en una juventud, ya que sus experiencias de vida, sus manifestaciones y sus identificaciones configuran diversas juventudes” (p. 1). Las definiciones revisadas si bien intentan definirla como una sola, es necesaria comprenderla -y construirla- en plural. Lo que sí pareciera ser transversal es el hecho de que el concepto de juventud “ha adquirido innumerables significados (...) donde cabría preguntarse: ¿desde dónde empezamos a construir una definición de juventud, sin que las diferencias de clases sociales y los contextos socioculturales estén sobre las identidades de las categorías de juventud?” (Dávila et al., 2005, p. 34). Krauskopf (2015), propone que,

(...) cada vez en más difícil distinguir entre adolescencia y juventud y, por ello, los estudiosos no coinciden en su diferenciación, fases ni en los procesos que sistematizan. También cada vez es más difusa la caracterización de la adultez. Jóvenes y adultos requieren estar constantemente aprendiendo y los proyectos de vida no son constantes (Lütte, 1991, citado en Krauskopf, 2015, p. 12).

De esta forma, la(s) juventud(es) -o los jóvenes- ocupan un lugar intermedio, difícil de precisar (Taguena, 2009) que va más allá de límites etarios. Particularmente este autor niega la validez teórica del rango de edad como categoría única definitoria de la juventud, haciendo una crítica además en el carácter transitorio que le otorgamos a los jóvenes sin prestar atención a sus características intrínsecas (Taguena, 2009). En ese sentido, también Krauskopf (2015) plantea:

Cuando el concepto de transición se utiliza en la juventud como equivalente de transitoriedad —el paso de la niñez a la juventud— implícitamente se niega a los y las

jóvenes el reconocimiento como sujetos sociales y se destaca su incompletitud usando el término «inmadurez». Desde el enfoque de preparación para una fase de transición, la juventud es la generación de relevo con escasa participación en la toma de decisiones (p. 4).

Al respecto, Duarte (2015) señala que estas concepciones “se tratan de unas producciones que enfatizan el carácter transitorio de ser joven” (p. 35). Una mirada que hegemoniza las discusiones acerca de la juventud es aquella biologicista, centrada “en la condición biológica del desarrollo puberal y con énfasis en la expectativa adulta de inserción social” (Duarte, 2015, p. 32). Así, centrarse en lo juvenil como construcción, como producción social diferenciada de cada época, con historicidad propia, es una mirada que permite salirse de estas nociones más clásicas y normativas (Duarte, 2015) que conciben la juventud “como un concepto único, como una etapa universal, todos alguna vez son jóvenes” (p. 36). De esta manera, se hace necesario abordar el concepto tensionado de juventud, ese lugar ‘intermedio’ que se actualiza constantemente. Para Escobar (2009) los jóvenes poseen,

(...) formas de socialidad que no se pueden entender como previas a la adultez. La temporalidad del actor social cambió en tanto sus producciones culturales se orientaron a la construcción de narrativas y referentes para el presente, y no simplemente a la incorporación por etapas o procesos de los códigos necesarios para insertarse en la cultura dominante (p. 109).

De esta manera, predominan las concepciones y las políticas públicas que piensan a la juventud como una etapa de preparación y transición a la adultez. “La meta es el adulto predeterminado por los estereotipos sociales de desarrollo cumplido. Sin embargo, el adulto contemporáneo no corresponde a identidades fijas ni puede imponerlas a jóvenes que están avizorando nuevos sentidos y horizontes” (Krauskopf, 2015, p. 5). Taguenca (2009) también problematiza cómo lo juvenil se entiende en cohortes etarios en proceso de desarrollo para lo adulto:

Los jóvenes son desde esta perspectiva, por tanto, potencia de lo que serán en el futuro. De esta forma se niega su presente de joven, sustituyendo el mismo por su futuro de adulto en cuanto a posibilidad permitida por su formación actual (...) aquí lo importante no es lo que el joven llegará a ser: un adulto, sino lo que ya es: un joven (p. 4).

Entonces, considerando a los jóvenes como sujetos en sí mismos y no como su potencial a futuro, lo constitutivo de ser joven es que la juventud se autoconstruye a sí misma en las relaciones de oposición que mantienen con las estructuras de las instituciones adultas, “pero sobre todo a través de sus interacciones colaborativas con sus otros significativos, con los que construye un ‘sujeto liberado’ en forma, pero atado en contenido a las particulares estructuras de lo juvenil construidas” (Taguena, 2009, p. 18). De acuerdo con esto, a los jóvenes no sólo les toca crearse, sino también “en ese proceso definir prácticas de libertad, es decir, formas aceptables de existencia (...) No se trataría solamente de ejercer unos derechos determinados sino de definir nuevas formas de ser y existir” (Escobar, 2009, p. 109).

De esta forma, en la fase juvenil se incorporan la incertidumbre y la reelaboración de identidades y roles, no como peldaños hacia la adultez. “El desarrollo intelectual y la maduración sexual se constituyen en recursos y motivaciones para elaborar la diferenciación identitaria y desarrollar la vida social con un replanteamiento de las relaciones con el mundo” (Krauskopf, 2015, p. 3). De esta manera, hablar de juventud, “supone referirse a un grupo social en el que se produce una superposición ambigua de estados sociales. Muchas de las connotaciones simbólicas del concepto de juventud están, en la actualidad, muy ligadas a esta ambigüedad” (Durán y Rogero, 2004, p. 6). En consiguiente, hoy se habla de juventud(es) (Duarte, 2015), como algo diverso, de la emergencia del sujeto joven como un nuevo sujeto social (Escobar, 2009) “los ‘mundos juveniles’ se visibilizan a medida que su presencia y propuestas interpelan el hoy: constituyen huella en el presente más que tránsito hacia el futuro” (p. 106) por lo que el término juventud es una denominación a un sector social (Duarte, 2015), sin dejar de tener ambivalencias.

Podemos entender este desarrollo como un periodo crucial del curso vital donde los sujetos alcanzan la madurez sexual y cerebral, se apoyan en los recursos psicológicos y sociales que obtuvieron en su crecimiento previo, asumen para sí mismos las funciones que les permiten elaborar su identidad, plantearse un sentido de vida propio y expresar su actoría en la sociedad (Krauskopf, 2013; en Krauskopf, 2015, p. 3).

En Chile, la consolidación del grupo social juventud sucede en la dictadura militar, a través de dos mecanismos, por un lado, “ciertos modos de ser joven desde el mercado del consumo se acentúan a través de la cada vez mayor circulación de imágenes de diverso tipo que indican qué es lo juvenil” (Duarte, 2015, p. 26) y por otro, esta visibilización la permite la participación activa de grupos de jóvenes en las protestas

durante la dictadura militar (Duarte, 2015). En los últimos años, en nuestro país, la visión de juventud, desde lo institucional, se ha visto influida por grandes transformaciones, como el modelo económico social imperante y la evolución de los paradigmas de las políticas que han ido modificando el enfoque de juventud, emergiendo programas y políticas públicas con gran fuerza en la sociedad chilena, que difunden una percepción generalizada de ésta basada en el déficit, el riesgo y la transgresión juvenil, como la delincuencia, el abuso de sustancias, la deserción escolar, el embarazo adolescente, la violencia en la pareja, entre otras (Krauskopf, 2015). Teniendo en cuenta todo lo anteriormente planteado, la visión reduccionista y estigmatizadora de la juventud puede ser ampliada, comprendiendo que los jóvenes experimentan “formas de existencia diferentes, distintas a las normalizadas y/o a las predominantes. Formas de recreación de la existencia, a veces alternativas, a veces radicales, con frecuencia contradictorias, variadas” (Escobar, 2009, p. 112). También Krauskopf (1999) plantea que lo que típicamente se atribuye a los jóvenes en distintas épocas, es que éstos portan los cambios culturales, demandando, “una reorganización de esquemas psicosociales que incluyen el establecimiento de nuevos modelos de autoridad e innovadoras metas de desarrollo” (s/n). La autora además complementa que los jóvenes “son el segmento poblacional con mayor potencial para enfrentar con flexibilidad las innovaciones tecnológicas, las transformaciones productivas, los cambios sociales y existenciales” (Krauskopf, 2015, p. 13) Lo que instala lo joven en constante intercambio y pugna con el medio adulto dominante, “y es que la categorización como joven inevitablemente refiere a las interacciones entre las fuerzas del poder, el saber y el deseo, que constituyen a los sujetos y que son fundantes de la cultura” (Escobar, 2009, p. 105). Este autor, profundiza que,

(...) entender que los procesos de subjetivación de los/as jóvenes son contingentes e incluso mutables, no quiere decir necesariamente que nos hallemos ante la destrucción del sujeto y nos aboquemos a una subjetividad errante. El punto es que estas narrativas de los/as jóvenes parecieran ser flexibles y proclives al cambio a lo largo de la trayectoria vital. Dan una enunciación de la subjetividad, pero no siempre definitiva, y, sobre todo, no acabada. Se encuentra en permanente renovación y adaptación (p. 112).

En definitiva, “la juventud debe luchar por su propia existencia desde sus propias contradicciones y diversidades culturales, que no son pocas, pero ante todo desde la oposición y negación de su contraparte: la cultura dominante” (Taguena, 2009, p. 19).

II. Construcción social de juventud(es), trayectorias privilegiadas y la prolongación de la adolescencia

Con todo lo anterior, la consideración que predomina al comprender la juventud es que este es un constructo social, situado espacial y temporalmente. Específicamente, según Rojas-Solís y Flores (2013), “las etapas en el ciclo vital humano responden más a construcciones sociales que a realidades objetivas” (p. 5). Por esta razón, para fines de esta investigación, es necesario delimitar que lo que vamos a entender por juventud no es el reflejo de realidades observables, el desafío consiste en ir “hacia comprensiones que nos permitan explicar con conceptos bien definidos esa apariencia de contingencia que nos informa de lo “juvenil” (Taguenca, 2009, p. 6). Para el autor, este trabajo implica una “ruptura epistemológica, guiada desde lo teórico, necesaria para definir la juventud como categoría social existente temporal y espacialmente (p.6). En virtud de ello, varios autores coinciden en que el reciente interés de investigaciones y debates acerca de los adultos jóvenes se debe a la tendencia contemporánea de prolongar la adolescencia y postergar el inicio de roles adultos comunes, fenómeno cada vez más frecuente en sociedades occidentales industrializadas (Arnett, 2000; Fierro Arias y Moreno Hernández, 2007; citado en Marzana et al., 2010; Rojas-Solís & Flores, 2013; Krauskopf, 2015). La prolongación de la adolescencia es un suceso donde:

las vivencias de los jóvenes no se identifican con la adolescencia, pero tampoco con la adultez; debido, según Tanner y Arnett (2009), a tres factores: 1) la transición de una sociedad industrial a una basada en la información que requiere, entre otras cosas, un mayor número de años de estudio; 2) en el caso específico de las mujeres, a que se tienen más oportunidades académicas y laborales, lo que favorece la postergación del matrimonio y la maternidad en aras de una mejor educación, desarrollo profesional y más oportunidades laborales; 3) la tolerancia social de una intensa vida sexual de los y las jóvenes antes del matrimonio (Rojas-Solís & Flores, 2013, p. 6).

Esto tiene varias aristas importantes a considerar e implica un escenario cada vez más común en ciertos sectores de la población. Por un lado, Krauskopf (2015) coincide en que esto se ve en la postergación de la edad del matrimonio, de tener hijos, en cómo se vivencia la sexualidad y las relaciones y metas a futuro de los y las jóvenes. La autora refiere que también es significativa la permanente capacitación y el aumento de mayores años de estudio requeridos para obtener un puesto laboral que sea considerado como un logro ocupacional para los jóvenes, “lo que modifica la idea,

aún prevalente, de una fase de preparación (adolescencia y juventud) y otra de realización y manejo de conocimientos (adulthood) (...) Adultos y jóvenes requieren incorporar permanentemente nuevos conocimientos y prácticas así como renovar proyectos” (Krauskopf, 2015, p. 3). Por otro lado, Taguenca (2009) relaciona la prolongación de la juventud con el acceso al poder y cómo éste se distribuye por edades, donde la estructura de posiciones de poder coexiste con tiempos biológicos:

la experiencia sigue siendo un criterio de demarcación excluyente, pero en la actualidad más complejo y espaciado. Con ello queremos decir que durante el siglo XX la formación requerida para ejercer los “puestos del poder” se amplió notablemente y que, una vez obtenida, la experiencia para asumirlos también fue de más años. Esto tuvo como efecto que la juventud fue más larga y que a la vida adulta se llegaba con una edad mayor. Esto es, se produjo un efecto en la estructura social, con base temporal —“la moratoria”—, que afectaba a las generaciones en su acceso al poder, por cuanto retardaba su llegada al mismo. Lo que no ha cambiado con la “crisis identitaria” de los adultos, y su asimilación de formas juveniles como propias (p. 8).

Por lo cual encontramos dos elementos importantes para entender la extensión cada vez mayor de la fase juvenil (adolescencia y juventud), la mayor flexibilidad de las trayectorias vitales dada por la posibilidad de acceder al poder y al consumo de objetos materiales y culturales, lo que interpela a sectores sociales específicos donde los sujetos construyen sus sentidos vitales. De modo que, Rojas-Solís y Flores (2013) consideran que en el sector de clase media alta el período de adolescencia es ampliamente reconocido (más que en otros estratos sociales donde muchas veces adolescentes deben ejercer roles tradicionalmente “adultos” a menor edad). En la clase media alta, “la mayoría de los jóvenes permanecen y dependen económicamente de sus familias de origen hasta que se casan” (p. 12). Entonces, emerge la posibilidad de postergar con comodidad la vida adulta en un continuo tan indivisible como lo es adolescencia-adulthood emergente. Es decir, a ciertos jóvenes experimentan una especie de concesión donde sus sendas de vida se ven influidas por esto. Por este motivo, se entiende que ciertas trayectorias vitales están mediadas por los privilegios de clase que los individuos gozan, en este caso, los jóvenes de ciertos sectores favorecidos. Para Marzana et al., (2010) esta tendencia, además de ser propia de las clases altas, tiene que ver con el entramado latinoamericano:

El fenómeno del adulto-joven o del emerging adulthood está muy difundido en Europa, con connotaciones y características específicas de las diversas áreas culturales de este continente (Sur y Norte de Europa). Sin embargo, esto también se está difundiendo con

características similares en los llamados Estados en vía de desarrollo y, particularmente, en los países de América Latina donde los jóvenes, en oposición respecto al pasado, permanecen, por lo menos parcialmente, dependientes de sus padres aún después de los 18 años y desarrollan con ellos relaciones que enseñan el apoyo y el calor (p. 12).

Para Krauskopf (2015) los marcadores que identifican transiciones claves de las trayectorias son, entre otros, el ingreso a la educación secundaria, la edad del término de esta, el acceso a la educación universitaria o técnica, el ingreso al mundo laboral, la emancipación del hogar, el inicio de vida de pareja, el embarazo, el inicio de vida familiar autónoma, por ejemplo. Como se observa, estos marcadores están determinados por condiciones políticas y económicas, principalmente. Con relación a esto, Rojas-Solís y Flores (2013) relatan que la heterogeneidad en las trayectorias, tiempos y vivencias (en la transición a la adultez) pareciera ser lo único en común y una de las características más importantes entre los jóvenes, al otorgar significados a un “proceso de mayor autonomía, participación social, responsabilidades, logro de mejores condiciones de vida o el ejercicio de derechos ciudadanos fundamentales” (Mora y De Oliveira, 2009; citado en Rojas-Solís & Flores, 2013, p. 14). Sin embargo, vemos que estas trayectorias nos remiten a futuro y no legitima este período de la vida de los jóvenes como válido en sí mismo, entendiendo lo que plantea Taguenca (2009), “el futuro del joven es ser adulto, no eternamente joven, y porque construir la juventud desde su trayectoria, más o menos libre, en la producción de su meta destino, nos vuelve a conducir inexorablemente a lo adulto” (Taguenca, 2009, p. 9).

Para Duarte (2015), las trayectorias juveniles son procesos influidos social, política, económica y culturalmente, cada formación sociohistórica define a la juventud y lo juvenil. De esta manera, cuestiones como la clase social de pertenencia (así como también el género, el origen racial, la ubicación territorial, la adscripción (sub o contra) cultural, entre otras), “tienen un peso significativo en su conformación de identidad y en la experiencia de joven que se vivencia” (p. 37). Por este motivo, tal vez más que hablar de ‘juventud’, sería adecuado hablar de jóvenes, que difieren entre sí en función de variables como nivel socioeconómico, ambiente familiar o social (Rojas-Solís & Flores, 2013). Se advierte, entonces, la juventud “como la fase biográfica que expresa las transformaciones de la sociedad que están viviendo los sujetos” (Zarzuri, 2014, en Krauskopf, 2015, p. 4).

En síntesis, las trayectorias vitales de los jóvenes son demarcadas según los lugares simbólicos y tangibles que habitan:

las dimensiones temporales unidas a espacios concretos nos permiten integrar condiciones materiales y culturales que construyen lo identitario del joven. No ya entendido como único y permanente, definido para siempre, sino como algo variado que está en continua evolución y cambio, así como en permanente contradicción y conflicto con las distintas formas que presentan sus identidades plurales de sujetos históricos construidos (Taguenca, 2009, p. 3).

Cómo cobran importancia estas condiciones materiales y culturales que plantea Taguenca (2009) se ve reflejado en las ventajas innegables que poseen los jóvenes acomodados en nuestro país para acceder a posiciones de privilegio y poder, ya que, por su origen social, la mayoría posee un acceso privilegiado a las experiencias de vida que construyen su identidad, por ejemplo, a los establecimientos privados de élite (Rivera & Guevara, 2017).

Por último, González (2012) expone que las narrativas juveniles se caracterizan por la diversidad, lo que revela “una amplia brecha entre las múltiples necesidades de este sector poblacional y el proyecto unitario planteado por el Estado” (p. 9). En esto recae la importancia de las prácticas habituales y la rutina de la propia vida diaria en la articulación de lo público, nos habla de los distintos posicionamientos de los jóvenes y las jóvenes con respecto a las temáticas que los interpelan (González, 2012).

(...) entre este segmento de la población, la esfera pública no se concibe como un espacio institucional viable para el involucramiento, para la construcción de los propios proyectos identitarios. Sin embargo, a la par de lo anterior, se observa la emergencia de «otras» fuentes que nutren la arquitectura de las biografías, de «otros» lugares del decir que poco a poco se tornan políticos. El cuerpo ocupa un lugar central en esta tendencia. Estamos, pues, ante un proceso recursivo en el que las tácticas instrumentadas por algunos jóvenes y algunas jóvenes tienden a resignificar, discretamente, lo público (p. 10).

III. El concepto de pareja

Antes de entender el constructo de pareja en la juventud, es necesario en un primer momento definir brevemente el concepto de pareja de manera general, ya que, como señala De la Espriella (2008) no existe una definición simple de ésta:

La pareja humana no es pareja, en el sentido de no ser igual; supone la diferencia. Tampoco es semejante, ni parecida, ni similar, ni idéntica, ni lisa; está llena de facetas. No es tampoco una organización homogénea o monótona. Tampoco es continua, ni es tersa o suave, aunque su definición nos lleva a pensar en esos sinónimos. Por el contrario, la pareja humana supone contrastes, variaciones e inestabilidades que pretenden la estabilidad (p. 3).

Para Passos (2014), la pareja se encuentra en permanente cambio, sea como la pensamos y como la conocemos. Pero, actualmente se perciben estos cambios de manera mucho más potente. La autora propone, con relación a la estructura de pareja,

La pareja de hoy, por tanto, pertenece a un mundo cambiante, en que los valores inmutables han caído y se ha instalado la incertidumbre, con menos idealizaciones, con menos tendencia a la eternización, pero más perentoriedad. Lo anteriormente citado no quiere decir que las nuevas ideas reemplazan a las anteriores, sino un mundo de coexistencias, en que se agregan y se entrelazan en la contemporaneidad (Passos, 2014, p. 24).

Ahora bien, con esas ideas sobre lo que implica lo incierto de las relaciones de pareja, tanto en su estructura y definición, es concerniente lo que plantea De la Espriella (2008), quien define pareja como “una relación significativa, consensuada, con estabilidad en el tiempo, con un referente obvio, cual es el matrimonio; pero existen parejas humanas que no coinciden con los límites que aquel impone” (p. 2). Esto respondería a la lógica pre-adulta con la cual son miradas las relaciones de pareja. Sin embargo, Caillé (1992, citado en De la Espriella, 2008) manifiesta que “(...) en la cultura actual, en particular, la estructura de la pareja parece querer ser tan proteiforme que elude toda posibilidad de descripción” (p. 2). Por lo tanto, corresponde a una organización humana profunda e intrincada, que es más que la suma de las partes, diferente a los individuos que la conforman, sumando que “además de compleja, la díada es paradójica” (Caillé, 1992, citado en De la Espriella, 2008, p. 2).

Entender la pareja como una entidad estable pero cambiante es lo transversal en estas definiciones y análisis. Para Passos (2014),

la relación de pareja posee múltiples formas, sin dejar de ser identificable como tal. Por tanto, puede ser arriesgado intentar circunscribirla al marco de una definición exhaustiva, pues dejaría fuera aspectos relevantes. Lo importante a destacar es la significación existente para dos individuos del porque buscan ese contexto de vida (p. 23).

La autora recopila una serie de definiciones de pareja, entre las cuales destacan la definición de “una relación en la que dos sujetos que se aman habitan dentro de una historia de amor particular. Esta historia se desarrolla a través de quiebres, fracturas que se reconstituyen con afectos, pasiones y compromisos, goces y satisfacciones” (Vicencio, 2011, citado en Passos, 2014, p. 23). Entonces, por un lado, implica la presencia de amor, asumiendo que hay rupturas (no meramente la ruptura de la relación, sino que rupturas también internas que conllevan cambios y acomodaciones, lo que habla del modo de relacionarse de los individuos dentro de la relación). Por otro lado, la relación de pareja también se entiende circunscrita dentro de ciertos márgenes relativos: “la relación de pareja es una organización social y una manifestación cultural inscritas en una relación y un vínculo emocionales” (Sánchez, 2008, citado en Passos, 2014, p. 23).

Finalmente, la pareja es un ente variado, teniendo una estructura y trama propia, puesto que excluye a los otros, “pero que interactúa con el entorno social” (Passos, 2014, p. 23).

IV. La pareja en la juventud, posmodernidad y amor líquido

De esta forma, se complejiza lo que vamos a entender por juventud(es), puesto que va más allá de un estadio biológico del ser humano, sino que es una construcción llena de matices, entendiendo a la figura del o la joven como activos con capacidad performativa, “actores que pueden aportar en la transformación de su sociedad” (p. 37). Así, la heterogeneidad se consolida como condición constituyente de lo juvenil. Según Duarte (2015),

La necesidad de concebir a las y los jóvenes como sujetos en sociedad. Vale decir, que sus experiencias son parte de las formaciones socio históricas en que viven, que las producen y reproducen, que las asimilan y las cuestionan, que las expresan de diversas maneras. (...) historización y pluralización de la mirada para construir métodos y enfoques que releven su carácter social y los tipos de relación que establecen con la estructura social (p.39).

Duarte (2015) plantea el uso de una mirada caleidoscópica como metáfora para reconocer las especificidades que producen diferencias y desigualdades en los jóvenes. “La apertura de las subjetividades juveniles muestra sus disposiciones a la

continuidad y al cambio, al mantenimiento y a la ruptura” (p. 38) generando categorías de análisis dinámicas y flexibles ante formas de existencia distintas, que rompen con las normalizadas y predominantes (Escobar, 2009). Estos procesos de subjetivación “ponen en conflicto los presupuestos de aquella identidad moderna que privilegia un modelo civilizatorio y lo hace universal mediante la preeminencia de un sujeto ideal: racional, blanco, adulto, burgués, varón, hetero centrado, patriarcal, etc.” (Escobar, 2009, p. 110). Uno de estos espacios pareciera ser las relaciones de pareja de los jóvenes, las cuales actualmente parecieran tomar múltiples miradas acerca de lo que son y constituyen. Para Rojas-Solís y Flores (2013) existen diversas manifestaciones, significados y expectativas de una relación de pareja, no constituyendo un constructo único. “Entre los factores que han intervenido en estas metamorfosis, se encuentra el posmodernismo” (p. 4). Así, hoy en día, la mirada acerca de una relación se ha complejizado, los jóvenes se relacionan amorosamente de formas nuevas y cambiantes, donde los escenarios no son fijos ni establecidos.

De esta forma, para entender los modos de hacer pareja de los jóvenes es necesario considerar el posmodernismo como marco que permite la flexibilización de ciertos límites o normativas que antes operaban como dadas. Si bien esto podría aplicar para diversos rangos etarios, se concentra el foco en la juventud, debido a que son los jóvenes quienes están más permeables a los cambios sociales y quienes absorben la rapidez de los tiempos. Además, para Barrientos (2006) “los procesos de modernización y globalización estarían forjando una nueva serie de arreglos en los cursos de vida de las personas, induciendo que éstos sean más dinámicos, menos estandarizados y rígidos, más contingentes y autodirigidos” (s/n). En consiguiente las sociedades, al secularizarse (declina la influencia de las instituciones que transmiten principios absolutos), permiten que “las fuentes de información sobre sexualidad se hacen cada vez más difusas, a la vez que se multiplican” (Barrientos, 2006, s/n).

Bauman (2005) profundiza en la influencia del posmodernismo en las relaciones de pareja, en donde hoy en día acontece “un proceso de constante y continua desregulación que afecta a todos los ámbitos de la vida, el trabajo, las relaciones personales, el compromiso político, las relaciones familiares, los marcos regulativos, las reglas de juego social a largo plazo, la propia identidad, etc.” (Arenas, 2011, p. 5) Este proceso (dirigido para alcanzar mayores cotas de libertad),

deja, sin embargo, como residuo inextirpable un incremento en la inseguridad y en la ansiedad con la que enfrentamos nuestras vidas como resultado de la incertidumbre que

tal emancipación genera (...) que cada uno de nosotros esté dispuesto a reconocer la inmediata obsolescencia del bien adquirido (ya se trate de un nuevo coche, una nueva relación laboral, una nueva amistad, un nuevo amor o un nuevo partido político) y se lance a la búsqueda del siguiente producto que, esta vez sí, vaya a satisfacer por completo nuestras necesidades, deseos e intereses. Y así indefinidamente... (Arenas, 2011, p. 6).

Así, todos nos volvemos prescindibles, lo cual no deja de ser altamente complejo, lo cual, para Barrientos (2006) específicamente en el plano pareja “desde una perspectiva generacional, estas normas se flexibilizan, pero ello no las hace menos complicadas, paradójicas e incluso imprecisas” (s/n). Rojas-Solís y Flores (2013) plantean ideas concordantes, “parece que la concepción de las relaciones amorosas se comienza a perfilar con el mismo sentido de cualquier producto comercial: obtención rápida, consumo inmediato y satisfacción instantánea confundiendo a veces contextos, relaciones y objetivos” (p. 14). Para Arenas (2011), todo esto confluye: “si hubiera que resumir la idea nuclear que recorre todos estos análisis en una sola palabra, ésta sería: ambivalencia” (p. 5), ya que “los sufrimientos en el mundo líquido provienen más del exceso de posibilidades que del exceso de prohibiciones” (Bauman, 2007, en Arenas, 2011, p. 6). Por lo que nos encontraríamos en la época del amor líquido, ya que la ambivalencia adopta una forma renovada:

se trata de una bendición a medias. Nos alivia saber que, en caso de equivocarnos, siempre estará abierta la posibilidad de un nuevo comienzo. Sentir que toda opción íntima es reversible se vive como una liberación. Pero ese alivio es, en el fondo, un alivio de luto: la libertad de quien se sabe religado a sus semejantes por frágiles lealtades — válidas sólo «hasta nuevo aviso»— deja su cicatriz bajo la forma de la angustia e incertidumbre con la que cada uno de nosotros ha de convivir a diario sabiendo de nuestra propia condición prescindible (p. 10).

Bauman es crítico en su análisis, denominando las llamadas “relaciones de bolsillo”: “que se pueden sacar en caso de necesidad, pero que también pueden volver a sepultarse en las profundidades del bolsillo cuando ya no son necesarias” (Bauman, 2005, p. 10). Justamente, “los lazos de la economía afectiva en la modernidad líquida: a partir de cierto nivel de compromiso, las relaciones se convierten en una carga, un peso que nuestra liviana condición no está dispuesta a asumir durante demasiado tiempo” (Arenas, 2011, p. 9)

Rojas-Solís y Flores (2013) se relacionan con estas ideas, de manera menos rotunda plantean que “debido a los numerosos cambios que ha supuesto la sociedad posmoderna para muchos jóvenes el término noviazgo podría carecer de sentido y el concepto tradicional, podría parecer irrelevante” (p. 8). Es decir, “lo que se entiende hoy por tal vínculo difiera de lo que se concebía hace tan sólo algunas décadas, e incluso años” (p. 9). Refieren una gran variedad de relaciones afectivas que varían, “según los grados de mutuo involucramiento y formalidad, en su concepto, significado y función social, que además se reconstruyen día con día” (p. 10). Así, apuntan que las relaciones de pareja de los jóvenes antiguamente eran consideradas como estables y definidas, sin embargo, hoy en día ha cambiado el entendimiento de las dinámicas relacionales que ellos y ellas construyen (Rojas-Solís & Flores, 2013). Esto último quiere decir, además, que las relaciones ya no están dadas como antaño, sino que hoy está la posibilidad de construirlas en distintas direcciones y sentidos.

Es interesante que estos autores sugieren cierto impasse entre tradición y modernidad en un estudio de jóvenes universitarios donde tanto hombres como mujeres definieron los roles dentro de sus citas de noviazgo según roles tradicionales de género (Rojas-Solís & Flores, 2013). En este sentido es atinente acotar lo que plantea Tenorio (2012), acerca de la elección de pareja, la cual está limitada por la situación material y social del sujeto.

Finalmente, Barrientos (2006) expone,

para poder referirse a los cambios en las normas, el concepto de «trayectorias sexuales-afectivas» es fundamental. Una «trayectoria sexual» narra los caminos generales y típicos por los cuales, las personas, de algunas sociedades y generaciones sexuales, han ordenado los eventos más relevantes de su vida sexual. Asimismo, describe la interacción entre el individuo y la sociedad: ésta provee de los contextos sociales y temporales para la planificación biográfica y el balance, como también, los caminos para adaptarse a los cambios tanto en la esfera pública, como privada (s/n).

Asimismo, el análisis de las biografías sexuales dota nuevos elementos para una nueva comprensión sobre las actuales transformaciones de las costumbres familiares y afectivas (Barrientos, 2006).

Aunque no haya desaparecido la aspiración de estar o tener pareja, al menos se han diversificado las trayectorias afectivas de las personas, “existiendo momentos con

parejas y otros sin ellas o diversas formas de designar la vida en pareja” (Barrientos, 2006, s/n). Para los autores más tajantes, se alcanza “la ansiada libertad de quien lo quiere todo y lo quiere ahora, pero sin pagar el precio de una inseguridad y una incertidumbre por el futuro que mina la propia capacidad de agencia de los individuos” (Arenas, 2011, p. 10).

MARCO METODOLÓGICO

Fundamentación metodología cualitativa

De acuerdo con los objetivos de la investigación que se intentan abordar en este trabajo, se estima conveniente que el enfoque que aporta una mejor aproximación al tema de estudio es la metodología cualitativa. Debido a que uno de los principales intereses es generar conocimiento de las percepciones de los jóvenes de nivel socioeconómico alto acerca de los modos de ser y hacer pareja en base a sus propios relatos, experiencias y discursos respecto a los procesos que vivencian al redefinir este tipo de vínculos. Como lo plantea Romo (2008) hoy en día “el estudio de las relaciones de pareja entre los jóvenes cobra especial importancia debido a que los roles de los participantes en la relación se han alterado y el establecimiento de ‘contratos’ sentimentales pareciera que ya no es tan permanente” (p. 6) En consiguiente, los métodos cualitativos “son los más indicados cuando se estudia un fenómeno poco conocido o aplicado en un contexto del que se conoce poco” (Briggs, 1989; citado en Marzana et al., 2010, p. 6).

De esta manera es atingente lo que nos aporta la investigación cualitativa, la cual "toma como punto de partida una conciencia del espacio entre un objeto de estudio y la forma en que lo representamos, y de la forma en que la interpretación llega inevitablemente a llenar ese espacio" (Parker, 2004, p. 15). Por lo que el rol de la interpretación en este tipo de metodología y lo que entendamos de ella es indispensable, puesto que una investigación siempre incluye un componente interpretativo (Parker, 2004). Para este autor, el proceso interpretativo es continuo, ya que siempre habrá un vacío entre las cosas que queremos entender y nuestras observaciones de cómo son, en vista de que nuestras representaciones del mundo siempre son mediadas. Según Fernández (2006) “es una interpretación de interpretaciones, en la medida que recoge los puntos de vistas de los diversos actores sociales que participan en la construcción de su propia realidad social” (p.9).

Entonces, situarnos desde este enfoque posibilita un acercamiento al sentido que cada sujeto, en este caso, cada joven, refiere de sí y de sus relaciones, desde un punto de vista interno y bastante complejo. Así, atender a las explicaciones que la gente da de sí misma y de su vida (Parker, 2004) es también "atender a los significados intersubjetivos, situados y contruidos que se dan en la interacción

humana, obviando, así, todo intento de buscar hechos objetivos o leyes que los expliquen" (Doménech & Ibáñez 1998; citados en Fernández, 2006, p. 6). Así, desde la investigación de carácter cualitativo la intersubjetividad corresponde a:

una visión del mundo que no es ni plenamente subjetiva (cada individuo la ve como quiere verla) ni plenamente objetiva (la realidad como independiente de los sujetos), sino que rige como objetiva para más de una subjetividad. Es justamente a esta dimensión que la investigación cualitativa busca acercarse: los métodos cualitativos parten del supuesto básico de que el mundo social está construido de significados y símbolos. De ahí que la intersubjetividad sea una pieza clave de la investigación cualitativa y punto de partida para captar reflexivamente los significados sociales (Jiménez-Domínguez, 2000, citado en Fernández, 2006, p. 8).

Igualmente, la investigación cualitativa abordará mejor el tema de estudio ya que se considera como un proceso constituyente de la realidad social, de naturaleza simbólica. La presente investigación no pretende ser una mera representación de una realidad preexistente observable y cuantificable, sino que, gracias a la posibilidad de interpretación que brinda esta metodología, se participa activamente en la construcción de dicha realidad social. Es decir, llega a llenar el espacio que según Parker (2004) queda entre el objeto de estudio y la forma en que lo interpretamos y le damos forma. Como sostiene Alonso (1998, citado en Fernández, 2006),

la interpretación no es intento de traducir de la realidad, de dar cuenta de modo objetiva de ella, sino por lo contrario, trata de descubrir, de la manera más completa posible, la trama de significados que reconstruye una realidad a la que el investigador, de manera coherente con su proyecto –objetivos particulares, contextos de acción y posición social-, encuentra sentido en cuanto intérprete (p. 9).

Así, la investigación desde este enfoque siempre es una mirada situada, ya que es desarrollada por un investigador desde una posición particular, "lo que posibilita a la vez que restringe el conocimiento producido" (Fernández, 2006, p. 9). Por lo que este posicionamiento debe tenerse presente y anclarse:

en una perspectiva dialógica que busca recoger las diversas miradas de los actores sociales para contrastarlas con la propia mirada, no tanto para producir un consenso sobre la realidad social en cuestión, sino más bien para establecer los campos de sentido que la definen y la tensionan. (Fernández, 2006, p. 9).

En ese sentido, un punto clave de esta investigación no es generalizar las experiencias de los jóvenes participantes en su vivencia de la redefinición de los vínculos de pareja, sino que se intenta conocer y acceder de algún modo a las tensiones y ambivalencias que viven éstos respecto al tema, puesto que una de las hipótesis principales que se sostienen es que las nuevas formas de concebir las relaciones de pareja se enmarcan dentro de la lectura y posicionamiento que los jóvenes hacen de su propia realidad y concepción de mundo, condiciones acotadas y definidas por las condiciones materiales y culturales que los configuran. Por este motivo es que deben tenerse en cuenta “como elementos centrales los aspectos subjetivos e intersubjetivos de las problemáticas sociales, el lenguaje como modo característico de acceder a estos aspectos, y la presencia y posición del investigador como condición de posibilidad del conocimiento” (Fernández, 2006, p. 2).

Finalmente, comprendiendo que el objeto de estudio está constituido, vale decir, por *sujetos* y que el conocimiento producido en la investigación es interpretativo, es necesario siempre considerar que este conocimiento también tiene implicancias políticas, puesto que “se desarrolla y fundamenta desde una posición particular, la que permite y constriñe al mismo tiempo una cierta mirada de la realidad” (Fernández, 2006, p. 9). Esto es sumamente relevante a considerar, puesto que se trabaja con un grupo social específico, pero también ambiguo, ya que si bien pertenecen a un sector conservador (egresados de un colegio católico particular de una de las comunas más ricas de Chile) también son aquellos que más tienen acceso a privilegios donde todo está permitido.

Muestra

Debido a la naturaleza cualitativa de la presente investigación, la muestra representa el campo de problematización y por tanto ésta se construye, no siendo necesario que se rija bajo criterios estadísticos. Por lo tanto, la muestra utilizada es no probabilística. Este tipo de muestras “también llamadas muestras dirigidas, suponen un procedimiento de selección informal” (Hernández, Fernández & Baptista, 2004, p. 262). Las muestras no probabilísticas son propias de las investigaciones cualitativas, ya que “las conclusiones difícilmente pueden generalizarse a la población. Si esto se hace debe ser con mucha cautela. Aunque muchas veces el interés no es la generalización, sino la profundidad” (Hernández, et al, 2004, p. 270) Para Hernández,

et al, (2004) como en este tipo de muestra no es un objetivo generalizar los resultados a la población,

las muestras no probabilísticas o dirigidas son de gran valor, pues logran- si se procede cuidadosamente y con profunda inmersión inicial en el campo- obtener los casos (personas, contextos, situaciones) que interesan al investigador y que llegan a ofrecer una gran riqueza para la recolección y análisis de los datos (p. 263).

Esto es particularmente relevante para esta investigación, puesto que los participantes entrevistados constituyen un grupo social muy específico al cual se tiene poco acceso en investigaciones sociales. En consiguiente, el criterio de selección corresponde a uno estratégico, constituyéndose como una muestra dirigida (o muestra por criterios previamente establecidos) ya que “se selecciona los sujetos o al grupo social, porque tienen uno o varios atributos que ayudan a ir desarrollando una teoría” (Hernández, et al, 2004, p. 266). En este caso, además de la edad, es importante en los criterios de selección la clase social de pertenencia y colegio de egreso, el cual es un demarcador del primer criterio, puesto que los jóvenes que asisten a colegios particulares de élite han acumulado “una cantidad de ventajas por medio de su ciclo de vida, que ha terminado por constituir un privilegio de clase” (Rivera y Guevara, 2017, p. 12). Además, no es menor considerar que existen ciertos prejuicios y ridiculizaciones hacia este sector en general, de parte del resto de la sociedad, así como también en los medios de comunicación y redes sociales, por lo que se constituye como fin investigativo explorar una realidad poco conocida pero de la cual se habla mucho, ya que encontramos un imaginario social dentro de la sociedad chilena que atribuye a estos jóvenes ciertas características definidas, rígidas y estereotipadas (“ser cuico”, “ser zorrón”, entre otros). Esto podría relacionarse con la alta desigualdad existente en nuestro país, donde la clase alta (que comprende a los sectores AB y C1) alcanza sólo un 7,1% de la población total (Asociación de Investigadores de Mercado, 2015), por lo que la mayoría de los chilenos no se identifica con este grupo o directamente no forma parte de él. Esto es lo que interesa puntualizar aquí con el criterio “establecimiento de egreso” para el muestreo.

Siendo así entonces, se seleccionan sujetos que se consideran relevantes para obtener los datos que permitan cumplir los objetivos de la investigación. Por lo tanto, la muestra está compuesta por diversos jóvenes, hombres y mujeres entre 18 a 23 años. Por un lado, la edad se justifica ya que coincide con el proceso de redefinición de los vínculos de pareja que se da en esta etapa, constituyendo un grupo diverso en los

extremos del rango etario (por ejemplo, los que acaban de terminar la educación media, de 18 años, en comparación a los que ya pueden estar terminando una carrera universitaria, de 23 años respectivamente), edad que coincidiría además con la consolidación o no de las parejas, y por tanto se espera que pueden haber jóvenes participantes del estudio que se encuentren en distintos tipos de relaciones de pareja, así como también solteras/os. Debido a que el objetivo del presente estudio pretende indagar en el relato de la experiencia de los nuevos modos de estar en pareja de jóvenes pertenecientes a la clase alta de la Región Metropolitana, es que se entrevistará a jóvenes egresados del colegio particular “San Esteban Diácono”, ubicado en la comuna de Vitacura, Santiago. Por tanto, dentro de la especificidad de este reducido grupo social la muestra se diversifica al entrevistar a mujeres y hombres, además de la variación del criterio de edad, anteriormente mencionado. Los criterios de exclusión específicos por tanto son el colegio de egreso y la edad, ya explicados.

Técnica de producción de datos

Como se mencionó anteriormente, para esta investigación es relevante conocer la vivencia de los participantes, por lo que se considera imprescindible rescatar sus puntos de vista descritos en sus propias palabras. En base a esto, la técnica de producción de datos es la entrevista cualitativa semiestructurada, la cual permite al sujeto hablar libremente de sus experiencias (Hernández, et al, 2004) en un marco delimitado y acotado por quien investiga. Esta técnica corresponde a preguntas referidas específica y concretamente al nivel significativo o semántico, es decir, de ‘lo que se dice’ (Calventus, 2008). La principal ventaja que proporciona esta técnica es la posibilidad que brinda a los participantes para responder libre y explayadamente a las preguntas formuladas. Enfocar la capacidad introspectiva de los jóvenes al explicar su mundo y sus relaciones de pareja resulta difícil “si no imposible, con un cuestionario pre-estructurado” (Marzana et al., 2010) por lo que, para estos autores, las entrevistas cualitativas semiestructuradas presentan ventajas al tratar con población adulta-joven, ya que “suministran una comprensión inmediata de la variabilidad existente entre los adultos jóvenes. Existe poco de normativo en la adultez emergente” (p. 6), por lo tanto, en la pauta de entrevista, se consideran dimensiones que contemplan estas variaciones respecto de características personales, por un lado, y por otro, las trayectorias vitales y sentimentales (Marzana et al., 2010).

Antes de comenzar cada entrevista, a todos los participantes se les informó las condiciones del estudio y los alcances y resguardos de este, por lo que debieron leer y firmar un consentimiento en donde se les pedía autorización para colaborar voluntariamente con la investigación.

Técnica de análisis de datos

Para el análisis de los datos se realizó un análisis de contenido interpretativo, el cual posibilita una interpretación comprensiva de la información, siendo coherente con los objetivos de esta investigación. Este tipo de análisis problematiza concretamente los significados, es decir, lo que está dicho en el texto (Calventus, 2008) en este caso, la entrevista semi estructurada se constituye como un texto a ser analizado y puesto en relación con otros aspectos (fundamentos teóricos e hipótesis). “Al problematizar acerca del discurso orientamos nuestras preguntas hacia la interpretación y comprensión (hermenéutica) de significados y sentidos” (Calventus, 2008, p. 5). Este proceso consiste, en que “lo que se dice”, en primer lugar, es significado y limitado a los objetivos del estudio, para ser seleccionado de manera descriptiva en un escrito que rescata la información recogida a través del instrumento de producción de datos utilizado. Luego de realizado esto, se analiza interpretativamente la relación (es decir, las tendencias, contradicciones, oposiciones, interacciones, uniones) entre los distintos elementos “para arribar a cierta comprensión de dicho significado” (Calventus, 2008, p. 3). De este modo, la construcción de significado se interpreta y comprende desde quien investiga como un complejo proceso (diacrónico) de intersubjetividades (Calventus, 2008), a través de la triangulación de los datos recopilados, la teoría y las hipótesis, para su integración y construcción de conocimiento, considerando las distintas dimensiones con la finalidad de aportar a la diversificación de lo construido. La triangulación ocurre entre investigador, lo “dicho” a través del texto descrito, y la teoría desarrollada en el marco teórico, posibilitando relaciones de relaciones, las cuales se organizaron en base a las dimensiones del estudio, las cuales constituyen el foco de análisis.

La realización del análisis de contenido interpretativo se basó en los siguientes pasos, los cuales se fundamentan en lo propuesto por Calventus (2008)

1. Selección de dimensiones, de acuerdo con los aportes teóricos revisados, los datos surgidos en las entrevistas y las temáticas seleccionadas por la investigadora.
2. Definición y relevancia para cada una de las dimensiones.
3. Identificación de las dimensiones en el texto (entrevistas transcritas).
4. Análisis interpretativo triangulando teoría, el relato de experiencia de los entrevistados y perspectiva de la investigadora.
5. Problematización para cada una de las dimensiones y temáticas seleccionadas.

Dimensiones del estudio

A continuación, se presentan las distintas dimensiones y sus respectivas definiciones, las cuales operan como foco con el que va a trabajar y a través de éste se realiza el análisis hermenéutico. Estas dimensiones han sido creadas en base a la literatura del tema que se ha seleccionado como marco de referencia teórica y la propia experiencia de la investigadora. De esta manera, se trabajó con cinco dimensiones: Relación de pareja como algo Moldeable; Profundidad de la Relación; Lo Público y Lo Privado; Acuerdos Implícitos y Los Otros.

Dimensión 1: Relación de pareja como algo Moldeable

Esta dimensión se focaliza en el entendimiento más amplio y flexible de una relación de pareja, como algo moldeable, cual plastilina, sin forma definida. Es algo que se puede armar con piezas propias, puesto que ya no se dispone de nombres y configuraciones suficientes para ser nombrada. En este sentido, cobran importancia en esta dimensión la negociación de la exclusividad, intimidad, compromiso y fidelidad. También incluye el cómo son entendidas éstas al momento de repensar la relación de pareja. Al comprenderla dentro de un espectro más extenso de posibilidades, es posible una construcción capaz de ser cambiada y amoldada entre las dos personas que conforman la relación.

Esto cobra importancia ya que lo que se entiende hoy por tal vínculo, difiere de lo que se concebía hace tan sólo algunos años, en tanto han cambiado las pautas compartidas colectivamente para relacionarse amorosamente, surgiendo nuevas posibilidades para esto, como un andamiaje. De hecho, se manejan diferentes acepciones y concepciones de cada tipo de pareja en la actualidad, sobre todo entre los más jóvenes. De esta forma, a estos nuevos márgenes difuminados se les da cierta materialidad y forma, que es acomodable. Lo central de esta dimensión apunta a qué es a lo que se tiene que dar forma y qué es lo que define el vínculo, lo cual puede variar en cada pareja al momento de definir una relación.

Dimensión 2: Profundidad de la Relación

Esta dimensión apunta a cómo se vive el vínculo de pareja y se significa la relación, es decir, si esta es considerada como significativa y de qué manera. Se orienta a la vivencia subjetiva, es decir, cómo se *experimenta* luego la relación. Están considerados dentro de esta dimensión algunos ejes tales como, si se vive el vínculo con reciprocidad y afecto, o con mayor holgura y desapego; si hay interés en la relación, si requiere el involucramiento afectivo o es algo que se vive desde el bienestar y el placer, así como también si hay conflictos o tensiones latentes. Además, se puntualiza también para esta dimensión si la profundidad de la relación se asocia, por ejemplo, con tener relaciones sexuales y cómo se significan estas, así como la importancia que se le da a la relación en sí misma.

Se ha considerado importante puntualizar en cómo los y las jóvenes significan y encarnan su experiencia en el terreno amoroso, ya que esto expresa una forma de vincularse diferente, que es *sentida*, hay una repercusión en los sujetos, la cual puede variar del contrato afectivo en relaciones tradicionales de pareja.

Dimensión 3: Lo Público y Lo Privado

La perspectiva juvenil en particular tiene lugar en los límites de lo público y lo privado. Ser joven significa no sólo entrar al mundo de los adultos sino, además, es pasar de una vida en el espacio privado a una vida más pública: de la casa, la escuela y al alero de los padres, al tránsito hacia la independencia y a los espacios compartidos colectivamente. Explorar los vínculos entre lo público y lo privado, en cuanto a las relaciones de pareja de los y las jóvenes, nos hablará entonces de un

repliegue hacia la esfera privada, el cual, a su vez, abarca un ámbito político-público, ya que pone en cuestión la norma de los lazos y relaciones sociales, sobrepasando lo formalmente instituido. Lo anterior permite, pues, considerar que, desde la subjetividad, se construye socialmente lo público. De esta manera, la experiencia de los y las jóvenes en sus relaciones de pareja, puede pensarse como una expresión de su posicionamiento a favor o en contra de aquello que consideran importante, así como hacia las temáticas que les interpelan.

Esta dimensión indaga por consecuencia en los límites de lo público y lo privado en la relación de pareja y lo que es relegado a cada ámbito. Resultará importante en tanto pone de relieve las conexiones entre la experiencia personal y los mandatos sociales, ya que se reconoce como social y sistémico lo que es percibido comúnmente como algo individual y aislado.

Dimensión 4: Acuerdos Implícitos

Esta dimensión se refiere a aquellos aspectos de la relación que son frecuentemente sobreentendidos por los miembros de la pareja, es decir, operan como elementos subyacentes de ésta que no son siempre conversados, pero si hay un entendimiento (y por ende un acuerdo) de ellos a un nivel implícito. Esto permite cierta comprensión de dinámicas de las “relaciones sin nombre” de hoy, ya que se desarrollan bajo la esfera de lo no dicho. Abarca todos aquellos *acuerdos no acordados*, pero entendidos, a veces no de la misma manera (lo que en algunas ocasiones puede crear conflicto), por quienes componen la relación de pareja, así como también normas socioculturales referidas a la juventud y a la relación de pareja.

Esta dimensión es importante ya que aborda la ambivalencia de lo que puede ser sobreentendido y no hablado explícitamente en este tipo de relaciones, lo que puede dar lugar a comprensiones diferentes entre las dos personas. Se sitúa en ese lugar donde las dos personas que componen la relación pueden tener vivencias y prácticas diferentes de ésta; lo tácito es ambiguo, pero nos habla de ciertas definiciones de la relación, desde otra vereda.

Dimensión 5: Los Otros

Corresponde a aquella dimensión en la cual se consideran todos aquellos aspectos que abarca la visión de *otros* en torno al tema pareja, ya sea del grupo de pares o de la familia. Refiere específicamente a qué es lo que se dice (“lo que dicen los otros”) y lo que no se dice, o no se cuenta, así como lo que es censurado o sancionado y también lo que es trivializado. Para esta dimensión se contemplan las interacciones que ocurren entre distintos actores, leyendo lo joven desde una perspectiva relacional y generacional, en donde hay una pluralidad de narrativas referidas a las relaciones de pareja.

La construcción de significado reside en las relaciones sociales, en las interacciones con otros. Hablar de narrativas es hablar del carácter relacional de los procesos de significación de la experiencia, en donde el intercambio con otros y con sus percepciones influirá en los significados que las personas les atribuyen a sus propios relatos, ordenando su experiencia y otorgando sentido.

PRESENTACIÓN DE RESULTADOS

Relación de pareja como algo moldeable

Un primer aspecto de esta dimensión se relaciona con la idea de establecer límites en cuanto a la exclusividad de la relación específicamente, la cual, según lo recopilado en las entrevistas, es negociable y no necesaria. Esta cualidad de la relación de pareja (“ser exclusivos”), entendida como involucrarse sexual o afectivamente con otras personas fuera de la relación, es repensada y puesta en juego. Las y los jóvenes participantes consideran que los vínculos de pareja no son más ni menos serios por el hecho de ser exclusivos, ambos aspectos no van de la mano, como podría pensarse bajo una lógica tradicional para entender las relaciones de pareja. Es independiente del grado de seriedad y de la relación con se tenga con esa persona, no es excluyente ni está dada por el tipo de relación. Se enuncian parejas “menos serias” en las cuales sí se habla sobre la exclusividad y se acuerda ésta entre ambos, así como también parejas más consolidadas, pero no exclusivas, donde se manifiesta que se puede amar a la pareja, pero estar también con otras personas:

[mi pareja] me dijo, yo sé que a ti te amo cachai’, pero onda, me proyecto contigo te encuentro bacán y todo eso, pero de repente si salgo a bailar y veo a un hueón rico y no me lo puedo comer [...] ¿por qué vernos el uno al otro [con] exclusividad?, si es que sabemos que nos queremos, nos amamos, tenemos proyectos, porque no puede pasar algo pasajero (E1, p. 8).

Si bien en el extracto citado se habla de una relación de pareja significativa (“te amo”, “me proyecto contigo”) también esto aparece en el terreno de relaciones de pareja más ambiguas, punto importante de este estudio. Los y las jóvenes declaran que la exclusividad es opcional, se pueden tener relaciones (sexuales o afectivas) con varias personas, lo cual se ve con naturalidad.

Otro aspecto que también permite a las personas jóvenes armar sus relaciones de pareja con piezas propias, reconstruyendo los grados de formalidad, es lo que se piensa de la naturaleza del compromiso, el cual, para ellos y ellas, no tiene relación con la exclusividad de la relación, si no que se entiende éste como algo presente sólo entre ambos, que no depende de otros y no engloba al resto porque lo importante es el

vínculo entre quienes componen la relación, el cual no tiene que ver con las relaciones que se puedan establecer con otras personas:

Yo siento que si tení un compromiso conmigo y yo no estoy acá y seguimos hablando, y estás preocupado por mí, etcétera, ¡pico que te agarrí a otra hueona! me da exactamente lo mismo, no creo que eso vaya a influir en nuestra relación [...] qué importa, a mí no me molesta, en el sentido que siento que no influye en tu relación con el otro y no influye en que te guste más o menos otra persona [...] hoy en día uno tiene que definir ese tipo de cosas [...] te puede gustar caleta alguien, pero si las dos formas de pensar una relación no se amoldan...no funciona [...] antes cuando iniciabas un pololeo no más, no pensabai ese tipo de cosas, era "filo, es un pololeo, es mi pololo", socialmente el rol está más definido entonces no tení que definir tanto tú, y asumí que ambas cosas significan lo mismo para ambos (E4, p. 38).

En el texto extraído, se hace alusión a que hoy se tienen que definir estos límites en las relaciones de pareja (exclusividad y compromiso), ya que lo que se entendía cómo dado en un pololeo "tradicional", justamente como la exclusividad, viene con el nombre, no se conversa ni se abre la posibilidad ("*no tení que definir tanto tu*").

Profundidad de la relación

La multiplicidad de posibilidades para establecer relaciones afectivas entre los jóvenes hace que éstas varíen en su concepto y significado para cada pareja, donde la profundidad de la relación se complejiza, lo que se entiende como las significancias emocionales de ésta, y de qué forma es elaborada como significativa y con involucramiento mutuo en ella. Hay un discurso compartido entre las personas jóvenes entrevistadas acerca de repensar las relaciones de pareja tradicionales, y en este sentido, se están configurando otras maneras de hacer y ser pareja, otros modos de amarse y vincularse, lo que resuena en el plano afectivo. Se valora la proximidad y afinidad con una persona, como también se busca lograr una intimidad que no conlleve un peso emocional importante:

Siento que ahora hay más libertad para tener relaciones emocionales sin tanta carga. Ahora hablamos de las relaciones abiertas, de los caseros, como...uno igual puede tener esa cercanía con alguien, sin decirte "estamos juntos y somos exclusivos el uno del otro"...para mucha gente eso es una carga (E7, p. 68).

No obstante, de igual forma la vivencia subjetiva de la persona entra en cuestión, ya que hay un discurso asociado a la libertad y a una menor carga emocional, sin embargo, se puntualiza que esto puede repercutir de igual manera en la persona, una cosa es lo que se dice y se muestra, y otra la que se está sintiendo cuando los y las jóvenes relatan sus propias experiencias en el plano amoroso, con personas que sí consideran importantes y significativas, pero que no se explicita si hay afecto, ocurriendo un resguardo para mostrarse hacia la otra u otro, problematizando en la reciprocidad de los vínculos:

cierto deseo de no mostrar dolor, como partir esto muy indiferente [...] aunque en verdad no sirva de nada porque lo que uno siente lo sentí tú y no podí evitarlo [...] Mostrar desapego, eso se da mucho, cómo, partir onda como estas relaciones así, muy de "no estoy ni ahí, si no quiero nada, de verdad no quiero nada", pero después están pololeando en un mes entonces sí pasaba algo... y es como que, da vergüenza partir estas relaciones ahora desde, me enganché, me vuelvo vergonzoso [...] yo creo que uno se trata de resguardar finalmente, aunque en verdad no sirva de nada porque lo que uno siente, lo sentí tú y no podí evitarlo (E2, p. 21).

En el primer extracto, se explicita la libertad que hoy en día se posee para tener relaciones de pareja que requieren menos obligaciones y compromisos, y de esta manera se viven con una menor obligación de afecto. En cambio, el segundo extracto, refiere que las personas jóvenes efectivamente si están sintiendo *algo* en esa relación aparentemente "sin carga", por tanto, si hay una experiencia sentida, una vivencia que, sin embargo, es contenida y no mostrada:

yo creo que es complicado, no sé si existe gente, quizás sí, que no involucre tanto los sentimientos, yo siento que igual es inevitable [...] a mí me pasó [...] obvio que tenía involucrados sentimientos [...] nica fue una pena de amor así brígida, pero fue un sentimiento extraño [...] (E8, p. 74).

Un segundo aspecto de esta dimensión es una experiencia más libre en el plano sexual. En primer lugar, muchos de los entrevistados consideran que, para tener relaciones sexuales con una persona, no es necesario que se tenga una relación significativa con ese otro u otra. La mayoría de ellos relatan que también puede haber más desapego emocional en la relación sexual:

[...] se dan los encuentros sexuales de una manera tan casual...Tinder, Grindr [...] de hecho, ahora es común que las relaciones parten desde eso. Tiramos en un carrete, de

ahí, después de unos meses "uy igual me gusta" y como, vamos a tomarnos un helado [...] antes al final el sexo era lo cúlmine. Ahora se da completamente al revés [...] En algunos casos pasa eso y en otros nada, nunca más volví a ver a la persona y ya (E2, p. 19).

Sin embargo, aunque se tengan relaciones sexuales con personas que no son consideradas emocionalmente significativas, en el extracto se relata que, eventualmente, el terreno se complica cuando la relación comienza a tomar una importancia emocional considerable, pero con la posibilidad que no sea mutuo, es decir, a medida que pasa el tiempo manteniéndose en esta relación, el nexo muta y se va complejizando:

el primer mes, obvio, así, "que son ustedes", "no, no somos nada, ella no quiere nada y yo tampoco", pero a la larga uno se acostumbra mucho a eso e inconscientemente de repente empezai' a agarrar cariño o sentimientos hacia la persona y ahí es cuando uno se engancha y otro no...empiezan las escenas de celos y uno le dice al otro: no, pero si nosotros no éramos nada, solo tenemos relaciones [sexuales] [...] y se complica la cosa... (E3, p. 25).

De esta manera, vemos cómo repercute en la persona esta forma de relacionarse, en la que una persona se 'engancha', mientras la otra sólo busca satisfacer sus deseos sexuales. Un vínculo que en un comienzo es vivido con comodidad y es más holgado, pero que también puede dar paso a malentendidos y sufrimiento.

Lo Público y Lo Privado

Hablar de relaciones de pareja en la juventud no remite sólo la esfera privada, si no que ocurren una serie de interacciones entre este ámbito y el mundo público, donde los límites entre ambos son reestructurados, en tanto hay aspectos de estas relaciones de pareja que son separados para cada ámbito. Esto modifica la idea de que en los pololeos hay espacios públicos y privados que son compartidos y acoplados, ya que estas otras relaciones de pareja quedan en un espacio en donde se entrecruza lo público y lo privado de otra forma, refiriendo que el acceso a cada espacio también es un demarcador del estado de la relación, es decir, una relación más pública se considera también más formalizada:

estas relaciones son un poco...agotadoras porque hay que estar tanteando el terreno todo el rato y tenía que estar pensando todo, "si hago esto, va a cambiar nuestra forma de habernos relacionado anteriormente", por ejemplo, lo invito a un matrimonio y lo presento a toda mi familia, ¿esto lo hace más un pololeo de lo que teníamos antes? Cachay...o presentarle a tus amigos...siento que estas relaciones se dan mucho como en el espacio privado [...] de repente todo lo que implica lo social empieza a interferir y empieza como a requerir tomar decisiones, todo el rato (E2, p. 17).

El elemento que emerge aquí es que existen ciertos espacios públicos que pueden querer ser compartidos pero que hay que pensarlo más profundamente ya que pueden cambiar el estado de la relación.

La familia, en tanto constituye parte del mundo privado, también es vista como algo que puede hacer más 'pública' la relación, como una 'presentación en sociedad' del vínculo de pareja. Expone algo que no es tan claro para ambos, entonces se resguarda. Se relatan relaciones de pareja que se dan dentro del ámbito privado uno a uno, sin incluir el círculo privado familiar, desarrollando estas relaciones en una esfera mucho más íntima y discreta, lo que habla de otra dimensión de lo privado, donde la familia no está enterada de lo amoroso ni conoce a la pareja, convirtiéndose ambos espacios privados e independientes:

no nos juntábamos en las casas a no ser que no hubiera nadie [...] era como "no, acá no porque hay gente". Pero, claro, si iba a haber alguien, no, lo dabas por hecho, ya "donde nos juntamos, entonces", "no, acá hay gente", "acá también", y ahí era filo, vayamos a un bar, a una plaza a regalonear. Eso era brígido en el tema sexual, porque había que explicitar: "filo, vamos a un motel" [...] para mí fue brígido definir de antemano "nos vamos a juntar este día en este lugar"...se dio muy natural y filo, pero igual era como que igual había que acordarlo porque ninguno vivía solo... (E4, p. 35)

En el extracto, en la relación mencionada, se determina entre ambos no llevar a la pareja a la casa si es que había más personas de la familia en el hogar, lo que desemboca en que no se poseen lugares íntimos en este espacio para tener relaciones sexuales. Al ser relaciones que acontecen fuera del hogar y al resguardo de la familia, la vivencia de la sexualidad debe ser reconfigurada, y la casa ya no es un espacio para llevarla a cabo. Esto implica que se debe conversar más abiertamente sobre la vida sexual, ya que debe acordarse de antemano.

Acuerdos Implícitos

Si bien la primera dimensión apunta a lo *conversado* de la relación, es decir, a los aspectos manifiestos y expresados de ésta, que pueden ser mutables y acomodables a cada pareja, la dimensión de lo implícito implica, para estos y estas jóvenes, pensar en lo que *no se habla* de la relación de pareja, es decir, en aquellos elementos que son sobreentendidos por ambos. Por ejemplo, en la siguiente cita, ocurre que, al mantener relaciones sexuales constantemente con la misma persona, el vínculo pasa a constituir una relación de pareja, sin que esto sea hablado, sino que se adjudica el estado de “relación” de manera implícita:

Al principio nunca se habló, yo creo que siempre se asumió el tema de ‘tiramigos’, los dos lo teníamos bastante asumido, hasta que llegó un momento que te empezai’ a saludar de beso y ahí yo creo que los dos nos llegamos a dar cuenta que le debías fidelidad al otro...pero claro, no se hablaba. Se dio por hecho. Los dos en su momento sentimos así ‘dale, ahora estamos juntos’, pero nunca se habló. (E3, p. 26)

Las parejas jóvenes que se entienden desde nuevos códigos cuentan que estas relaciones son vividas desde el no saber y el no preguntar, pero que se piensan, se conjeturan y coexisten con la ansiedad constante de no poder hacerlo, de no poner presión al otro en definir algo fijo. Ambos conforman un lazo que aparentemente es mutuo pero que no es declarado:

estuve saliendo con un loco [...] de repente tenía esa hueá que no voy a preguntar, para no hacerlo más...como que tenía la duda, pero ni cagando la vaí a preguntar porque vaí a generar una hueá media extraña. Como que a mí me pasaba de repente que, no quiero...no entiendo lo que está pasando, pero tampoco quiero parecer preocupada por la situación, entonces, sí, creo que es como extraño, más difícil...porque siento que es más difícil la comunicación, todo se da por sentido (E8, p. 72).

El acuerdo implícito en las relaciones de pareja de los jóvenes se presenta en distintos aspectos, el principal mencionado es que se asume que ambas personas componen una ‘especie’ de relación, la cual no es consensuada -en lo explícito- y tampoco tiene nombre, por lo tanto, se da en función de lo no dicho verbalmente y es reconocida como relación en base a la conducta que se percibe de la otra persona.

En el extracto citado, la persona cuenta que, aunque tenía dudas acerca de la situación real de la relación, estas no se expresan, comentando que lo acordado implícitamente se vive como extraño, y que hay *algo* que dificulta la comunicación. Se expresa lo que se gana de vivir una relación así, que requiere un menor nivel de esfuerzo ya que no hay que enfrentarse a definir algo, pero también a lo que se arriesga y pierde:

siento que en esta ambigüedad te permite estar en la facilidad de que no te tení que esforzar por nada, no te tení que enfrentar a situaciones incómodas ni nada, pero a la vez, a largo plazo, el costo es que se vuelve algo extraño. Al final es lo mismo pal' otro lado, te podrías enfrentar de verdad a la situación de hablarlo, pero con el costo de que no funcione (E8, p. 78).

Los Otros

En esta dimensión, las narrativas externas referidas a estar en pareja toman dos caminos muy diferentes: lo que dice la familia, pero también lo que dicen las amigas y amigos (y lo que no dicen, también como lo que no se cuenta). Por un lado, se relata que las personas mayores o la misma familia no entienden ni comparten la idea de que se pueden establecer nuevas formas de ser y hacer pareja, y además difieren - jóvenes y sus familias- en lo que cada entidad comprende por tal vínculo:

Mi hermano chico, escuchó una conversación, de que yo estaba con varios gallos, y dice "ah, a la l.... no le falta", y mi papá quedó "¿qué, a la l....?!" [asombrado] Y, obvio que puedo salir con muchos hombres, pero lo encuentran extraño [...] no entienden [...] no necesariamente por salir con él va a ser algo serio [...] uno prefiere omitir estas hueás a los papás porque no entienden y no van a entender nunca (E5, p. 50).

Para estos y estas jóvenes hay una lectura de un cambio generacional en donde se percibe la incomprensión por parte de los mayores, lo que puede generar más o menos conflictos, especialmente cuando desde la familia se entienden formas más tradicionales de relaciones de pareja para la juventud, como el pololeo, donde hay una estructura mucho más establecida:

yo creo que a mi mamá también le molestaba que yo estuviera con él de una forma diferente, que el hueón no fuera a la casa, yo creo que a mi mamá también le generaba

'no entiendo esta hueá', porque para mi mamá, si te gusta alguien te pones a pololear, y si no te gusta, terminas (E4, p. 40).

Y por el otro lado, en la esfera de los amigos y amigas, varios están viviendo este escenario, en el cual se llevan a cabo distintas formas de relacionarse, existiendo mayor apertura al tema, puesto que entre los pares se está experimentando más o menos lo mismo, o al menos lo viven más de cerca. Sin embargo, aunque se entienda que puede haber relaciones de pareja más ambiguas o menos definidas, no se habla esto con los amigos, los mismos no profundizan en este tema y no hacen preguntas, al menos de las implicancias emocionales de vincularse con una pareja que lo es y no lo es a la vez, como refieren los y las jóvenes entrevistados:

[con los amigos] de la parte sentimental nica se habla. Como que es "estoy saliendo con este loco, si, buena onda", pero de repente a uno le preguntan, los amigos le preguntan "¿y estás bien con eso?" y es como "sí", pero en verdad nunca se habla del tema de "oh, quizás me estoy pasando este rollo", yo creo que tiene que ver que nadie quiere admitirlo en voz alta, no quiero decir que me están pasando cosas con este loco...no quiero decir que me gusta en verdad. Entonces creo que se habla mucho más de lo físico, de lo concreto con tus amigos [...] eso se cuenta, pero no se habla tanto de lo que te está pasando (E8, p. 78).

En el extracto, hay una intención de preguntar y saber ("¿y estás bien con eso?"), interesa que la persona explicita su bienestar, pero a modo de chequeo, no se profundiza sobre lo que está pasando realmente. Se verifica que la amiga o amigo no esté pasándolo mal, pero no se entra en ese espacio intermedio de incertidumbre, no se abre la conversación para ahondar en aquello que puede estar interfiriendo, molestando o generando conflicto en la persona ("quizás me estoy pasando este rollo").

ANÁLISIS DE RESULTADOS

Discusión

La presente discusión se hará en base a las dimensiones del estudio que fueron definidas en el marco metodológico. Se ha optado trabajar así, por el ordenamiento que estas suponen para el análisis interpretativo.

Relación de pareja como algo moldeable

Las relaciones de pareja que establecen las y los jóvenes cada vez serían más diversas y sus estructuras, más difusas, lo que implica que los relatos de las personas jóvenes entrevistadas muestran un proceso de resignificar los sentires personales de los lazos afectivos de pareja, en una transformación que pareciera ser colectiva. Tal como lo plantea la Séptima Encuesta Nacional de Juventud (2012), cuando las personas jóvenes se declaran como solteras, no significa necesariamente que se encuentren sin ningún tipo de relación de pareja (INJUV, 2012), por el contrario nos encontraríamos ante un proceso de redefinición donde las parejas deciden activa y personalmente el tipo de relación que quieren formar, así como también se estaría cuestionando el modo del mismo vínculo. Quizás la frase más destacable y que mejor engloba esto sería “soltera/o, pero nunca sola/o”, en tanto se estarían configurando nuevas maneras de relacionarse en una esfera íntima, sin que esto corresponda al estándar de *pareja joven*, comúnmente conocido como el pololeo, en el caso de Chile. Se suele entender este tipo de relación como la forma estandarizada de relaciones de pareja entre los jóvenes.

Para De la Espriella (2008), el referente “obvio” de la pareja es el matrimonio, acotando que existen parejas que no coinciden con los límites que éste impone, pero sin profundizar en éstas, así como plantea que hay estructuras de pareja que evaden toda posibilidad de descripción, tampoco definiendo esto último. Entonces, sólo reconocer superficialmente que hay parejas que no calzan con estos límites (pero sin ahondar en cuáles serían estas parejas) es quedarse cortos en la comprensión de estos vínculos, en tanto no podríamos entenderlos en base a lo que no son, haciéndose necesario comprender las dinámicas juveniles como válidas en sí mismas y no con sus referentes adultos que los remiten a futuro (Taguenca, 2009), como en este caso la noción de pareja alude a matrimonio. Así como se ha relativizado el valor social del matrimonio, hoy también estaría sucediendo con el pololeo.

Se consideraría al pololeo, entonces, como una forma de relación compartida 'estándar', entendida de igual forma por la mayoría de las personas, en el cual el papel que ocupa un pololo o polola tiene cualidades más o menos asignadas. Pero ahora, estos roles, antes definidos, son despojados y conjugados entre las dos personas que integran la relación según lo que estiman conveniente y acuerdan, habiendo nuevos elementos que pueden ser conversados y adaptados, como el entendimiento de la fidelidad, la exclusividad y el compromiso. Esto se enlaza con lo que plantea Passos (2012), quien reconoce el peligro de intentar circunscribir la relación de pareja a una definición única, por el riesgo de dejar fuera aspectos relevantes, ya que ésta posee múltiples formas.

Podríamos entender el pololeo como el vínculo de pareja *por defecto*, ya que es preestablecido y predeterminado. En las relaciones que establecen los jóvenes hoy, se discuten y rearmen fundamentos que antes estaban dados para estos vínculos, específicamente, surge el cuestionamiento de la exclusividad, apareciendo para ser conversada y discutida, siendo uno de los elementos que estaría siendo objetado, lo que hace sentido con la idea de Passos (2012) de que los valores inmutables en las relaciones de pareja han caído, dando paso a menos idealizaciones y a una menor tendencia a la eternización. Estas nuevas ideas no reemplazan a las anteriores, sino que se arma un mundo de coexistencias entrelazadas (Passos, 2012), lo cual da paso también a muchas ambivalencias y ambigüedades, y con eso, muchas veces al sufrimiento, lo cual será discutido más adelante.

En este aspecto, ¿A qué se le da forma?, ¿Qué es lo que se moldea? El contrato afectivo sería más implícito y la fidelidad tendría relación con eso, no involucraría lo físico, al menos no de forma predeterminada (como es en la relación de pololeo). Lo que antes era visto como una infidelidad, hoy sería parte de las relaciones de pareja, relacionarse sexo-afectivamente con otros es una posibilidad, que es conversada, y si es acordada, permitida y normalizada. Sin embargo, también se da en lo implícito, los jóvenes refieren que también esto a veces no se habla en una relación sexo-afectiva no tan consolidada, y que por lo mismo es una posibilidad esperada, que no es sancionada si no que se entiende que podría pasar porque "no se tiene nada serio". Los entrevistados declaran que ser exclusivos es algo que debe ser acordado y no por defecto, como sí lo es en el caso del pololeo. Al repensar y redefinir la exclusividad en una relación, esta es conversada, se establece explícitamente el acuerdo de poder

estar con otras personas, en un afán de transparencia, lo cual no influiría en el compromiso mutuo. De esta manera, existiría una nueva lectura de la fidelidad, ya no entendida en el plano físico, sino que estaría puesta en lo que hace sentir la otra persona, y se sería fiel a eso, se separa de la mera experiencia sexual. El cumplimiento de los compromisos establecidos entre ambos (y no por mandatos sociales de lo que se entiende por una relación) es lo que entra aquí en juego, no los terceros.

Así, el compromiso sería algo más mentalizado, más personal, es exclusivo entre ambos, lo cual no engloba la exclusividad necesariamente, lo único *exclusivo* sería el grado de compromiso y afecto entre ambos. Una pareja, con un grado de compromiso que ellos consideran profundo y significativo, no pasa por ser exclusivos. Así como también hay parejas, con menores o mayores grados de formalización del vínculo, que deciden tener una relación exclusiva. Pero el punto aquí es que igual es conversado, ya no es algo delimitado previamente por las pautas compartidas socialmente para ser y hacer pareja. Es decir, para las y los jóvenes consultados, el compromiso también sería moldeado y redefinido, adoptando un significado propio para cada pareja. Junto con la exclusividad, le daría forma optativa a la relación, emergiendo infinitas posibilidades y resultando formatos diversos. Esto implica que el foco a indagar no es una definición exhaustiva de una pareja en un marco rígido, sino que “lo importante a destacar es la significación existente para dos individuos del porque buscan ese contexto de vida” (Passos, 2012).

El cuestionamiento de la exclusividad se ligaría, al menos en un primer plano, a la desnormativización de la vida sexual juvenil (Marín, 2008) que viene sucediendo hace ya varios años, incluso décadas, donde se ha normalizado tener relaciones sexuales ocasionales cuando se es soltero o soltera. Lo nuevo e intrigante que entra en cuestión, es que esto también habría llegado al mundo íntimo de una relación de pareja. Que los jóvenes solteros tengan una vida sexual más libre y desinhibida no tiene ninguna novedad, pero ¿qué sucede cuando sí hay una pareja?, despojándose lo afectivo y sexual como algo íntimo entre dos personas que eligen estar juntas y tienen una relación.

Ahora bien, con esta lectura de la exclusividad, donde es permitido mantener relaciones sexo-afectivas con otras personas mientras se tiene un vínculo de pareja, se podría hipotetizar en una posible descorporeización del otro significativo, es decir,

de la pareja: [...] “*si es que sabemos que nos queremos, nos amamos, tenemos proyectos, porque no puede pasar algo pasajero*” (E1, p. 8). Ocurriría una fragmentación tajante entre el cuerpo material de lo inmaterial (la emocionalidad y lo que significa el otro, “nos queremos, nos amamos”) Ante este escenario, ¿dónde queda el cuerpo como lugar de experiencia con el otro significativo? Se vive en relaciones sin considerar el espacio del propio cuerpo (ya que este puede ser relegado a otros) ¿Dónde queda el otro significativo?, “*yo sé que a ti te amo cachay’, [...] ¿Por qué vernos el uno al otro [con] exclusividad?*” (E1, p. 8).

Cabe preguntarse en este punto, ¿Qué es lo que se estaría problematizando al remodelar la relación y al repensar la exclusividad de una pareja? Podría responder a un cuestionamiento a la relación de pareja tradicional, por un lado, se cuestionarían los vicios de ésta, como los celos, la posesión, la desconfianza, relaciones absorbentes y tóxicas, entre otros, rechazándose la visión clásica romantizada de la pareja, de la media naranja, de “el amor todo lo puede”, del “eres mío”. Todo esto apuntaría a lo que se rechaza del pololeo tradicional y a lo que se aspira: relaciones en base a la confianza y a la libertad. Estas podrían ser consecuencias del amor romántico e idealizado.

A pesar de ello, da la sensación de que nos encontramos ante un consumo de cuerpos, lo sexual es aparte de la pareja, el amor con un otro es descorporizado, el deseo no va ligado a la relación. Lo mismo pasa con el compromiso: “*si tení un compromiso conmigo y yo no estoy acá y seguimos hablando, y estás preocupado por mí, etcétera, ¡pico que te agarrí a otra hueona!*” (E4, p. 37). Lo anterior da para cuestionarse cómo ha influido la sociedad de consumo en los lazos afectivos, donde el cuerpo pasaría a constituir un devenir de la propia individualidad. La relación ya no sería algo acabado y definido. La actual deconstrucción de las parejas deja entrever que lo significativo está con la pareja, lo sexual puede ser aparte, ¿nos encontraríamos ante un utilitarismo de la relación sexual? La vida sexual más libre que experimentan las y los jóvenes solteros, que no es novedad, habría traspasado al mundo íntimo de la pareja. Se quiere mantener esta ‘libertad’ de quien lo quiere todo y lo quiere ahora (Arenas, 2011), gozando del afecto y reciprocidad de una pareja, sin renunciar a nada, aunque el costo a asumir yacería en la creciente inseguridad e incertidumbre que generarían este tipo de vínculos.

Si bien el ideal de relacionarse abiertamente significaría promover relaciones libres de dominación, además de disfrutar sin culpas de la sexualidad y que es posible compartir con otros en ese espacio significativo, en un discurso que predicen los jóvenes, también hay otros elementos que no acomodaría del pololeo tradicional, específicamente obligaciones que imponen estas relaciones de pareja (como fidelidad, exclusividad, reciprocidad afectiva, compromiso, constancia en el tiempo, periodización de verse, etc.), lo cual también podría responder a que la relación de pareja joven tradicional (pololear) sería un molde más fijo y menos invariable, así como su estructura establecida, en tanto se abre la posibilidad de que sea algo moldeable, en este caso, uno hace el molde, si ser pareja es algo consensuado (De la Espriella, 2008), es válido todo lo que dos personas consensuan entre sí.

No obstante, es fundamental reconocer las condiciones en la que se estaría dando esta transformación: sociedades altamente individualistas, consumistas, ubicadas en la segunda modernidad, o modernidad líquida, donde se flexibilizan ciertas normativas que operarían en un mundo simbólico de subjetividades, como lo son los lazos afectivos. Como lo plantea Barrientos (2006) las fuentes de información sobre sexualidad y pareja son más difusas y múltiples, lo que a su vez hace que los cursos de vida sean más dinámicos, menos estandarizados, menos rígidos, más autodirigidos y contingentes.

En síntesis, para este punto, es que hay varios ejes que permitirían entender la relación de pareja como algo moldeable, por un lado, lo que se critica de la pareja tradicional y lo que se rechaza de ésta, así como también lo que es deconstruido y cuestionado, y, por otro lado, qué es lo nuevo permitido, qué es lo que se moldea, cuáles son las nuevas pautas compartidas en este universo tangible pero también simbólico. Esto desencadena en dos aristas, no excluyentes, primero, mayor libertad para establecer relaciones de pareja, menos estandarizadas, “más sanas”, “más libres”, “más cómodas”, no hay posesión, no hay medias naranjas, donde es importante el bienestar personal, ante todo, pero, en segundo lugar, ¿es una nueva forma de consumo?, ¿podría haber influido el capitalismo en las relaciones de pareja? ¿se consideraría el compromiso, la exclusividad, un riesgo para los ideales individualistas y consumistas de la sociedad actual? Lo que moldearía la relación de pareja no es algo sólido, sino que es la ambivalencia, ansiamos relacionarnos, pero todos somos prescindibles, nada es eterno, nada es seguro, todo está disponible en *stock*. En la misma línea lo plantean Rojas-Solías y Flores (2013), esta concepción de relaciones amorosas se perfila en el mismo sentido de cualquier producto, se obtiene

rápido, de consumo inmediato y satisfacción instantánea, confundiendo a veces contextos, relaciones y objetivos, en un escenario relacional indeterminado y ambiguo.

Profundidad de la relación

Para Vicencio (2011, citado en Passos, 2012) una pareja corresponde a dos sujetos que se aman, que viven una historia de amor propia. En esa misma línea, De la Espriella (2008) establece que es una relación *significativa*, con estabilidad en el tiempo. Encontramos en estas definiciones la referencia a aquel intenso sentimiento de atracción emocional, sexual y profundo afecto, que llamamos amor. Sin embargo, según lo que emerge de las entrevistas, una pareja está lejos de ser considerada eso: los y las jóvenes refieren que no hay que amarse para ser pareja, “*para mucha gente eso es una carga*”, E7, p. 68. De hecho, relatan relaciones de pareja que no son significativas, rescatando la opción de poder tener una cercanía con alguien, sin que represente una carga emocional importante. Así, el amor no sería lo que necesariamente funda una relación, por lo que sentimientos como la simpatía o la afinidad podrían posibilitar vínculos de pareja sin deseos de exclusividad o compromiso. Son las llamadas ‘relaciones de bolsillo’ (Bauman, 2005), esas que se tienen a la mano, de fácil acceso, en caso de necesidad se puede sacar, un bolsillo transporta lo mínimo en un espacio pequeño, por lo tanto, si eso que llevamos molesta, o si no cabe, se saca y se vacía el bolsillo. También pueden volver a guardarse cuando ya no son necesarias, olvidadas como un recibo de papel arrugado.

De esta manera, habría una intencionalidad, al menos declarada, de vivir las relaciones sexo-afectivas de forma más liviana y con menor significación emocional. Sin embargo, pareciera ser que a la larga se experimentan distinto: “*cierto deseo de no mostrar dolor, como partir esto muy indiferente [...] aunque en verdad no sirva de nada porque lo que uno siente lo sentí tú y no podí evitarlo*” (E2, p. 21). Por tanto, la vulnerabilidad emocional es vista como un *riesgo* meramente individual en la *economía afectiva* de la pareja, ya que, si se invierte mucho, de uno mismo, se puede perder bastante también. Pero si se invierte en una medida justa, de igual forma se obtienen algunos beneficios, como cariño, pero con el resguardo de que, si algo sale mal, tampoco se pierde tanto. Son relaciones que requieren menos deberes, y de esta manera se viven con una menor obligatoriedad de afecto, pero también con una menor cuota de profundidad. Como diría Bauman (2007, en Arenas, 2011), es una *bendición a medias*. Reflexionando sobre sus relaciones, los jóvenes refieren sensaciones de

incertidumbre e inseguridad, por no saber *el estado* de la relación, de una aparente liviandad, pero que igual les pesan, trastocando la fibra de la propia emocionalidad, dejando su cicatriz en la angustia que genera saber de nuestra propia condición prescindible (Bauman, 2007, en Arenas, 2011). Habría, entonces, un sector generacional que aspira a relaciones más ligeras, pero que a la larga se convierten en una carga de ansiedades e incertidumbres.

Se configurarían relaciones sexo-afectivas donde todo debe ser cómodo, no hay que 'engancharse', no hay que sufrir, en tanto el involucrarse emocionalmente con una persona es evaluado desde el costo y el beneficio, esto es, desde lo que se gana versus lo que se pierde. Entonces, en esta *economía afectiva* de la pareja, a partir de cierto nivel de compromiso, las relaciones se convierten en una carga, un peso que la liviana comodidad no puede soportar durante demasiado tiempo (Bauman, 2005).

Da la impresión de que todos quisiéramos sentirnos queridos, importantes, valiosos, tener intimidad y cercanía con una persona, pero habría una hiper racionalización de los afectos, estos son vistos como peligrosos. Generar un vínculo con una persona implica ir más allá, significa conectar con alguien de manera profunda, es un encuentro entre dos personas, los lazos afectivos significativos implican poder mostrarse vulnerable, porque no somos irrompibles. Aspirar a la libertad en las relaciones implica una noción de amor sostenido, respetado y desapegado, no en el sentido del desinterés y alejamiento (como pareciera que se resuelven y se viven de esa forma), sino que es una perspectiva de entender las relaciones donde nadie es propiedad de nadie.

Hay que considerar que estos jóvenes provienen de un estrato socioeconómico alto, lo que implica ciertas dinámicas de apropiación de objetos culturales, en tanto la posesión establece un marcador del lugar social de este grupo, desde una lógica donde se vive desde el gusto y del tener, incluyendo las relaciones de pareja, lo cual es posible de satisfacer en las redes del mercado (Escobar, 2009). De esta manera, el consumo de relaciones sexo-afectivas y la posterior resignificación simbólica de que esto constituye una práctica de liberación, en realidad nos hablaría de relaciones basadas en el bienestar y el *confort*, viviéndolas desde una comodidad aburguesada asfixiante; las interacciones entre el poder y el deseo constituyen e interpelan a los sujetos (Escobar, 2009).

En resumen, el rol *light* de la pareja es llevadero, pero a la vez superficial, “sin tanta carga”, el vínculo sexo-afectivo emancipado generaría también sufrimientos, incertidumbres y ansiedad (Arenas, 2011). La vulnerabilidad abruma. Pareciera ser que estas relaciones de bolsillo a la larga igual pesan, y que no podríamos guardar todo eso en un espacio tan pequeño y práctico como lo es un bolsillo, contrario a lo que plantea Bauman (2005). Estas tensiones se evidenciarían en el mundo del consumo juvenil, y los sufrimientos de éste emanan más del exceso de posibilidades que del exceso de prohibiciones (Arenas, 2011). Las definiciones de pareja revisadas, como dos personas que se aman, en una relación significativa, darían paso a una economía que calcula qué tanto se involucra emocionalmente, que sea simple pero desapegado, porque más apego más me arriesgo: “*no somos nada, ella no quiere nada y yo tampoco, pero a la larga uno se acostumbra mucho a eso e inconscientemente de repente empezai’ a agarrar cariño o sentimientos hacia la persona y ahí es cuando uno se engancha y otro no...*” (E3, p. 25).

La ineludible ambivalencia de relaciones que pretenden ser más liberadas y desenvueltas, pero que dejan como residuo una inseguridad constante, ¿hasta qué punto somos nada?, ¿desde qué punto somos algo? Esta ambigüedad permitiría coexistir en una facilidad donde no hay esfuerzos, no hay incomodidad, pero a largo plazo “*el costo es que se vuelve algo extraño*” (E8, p. 78). El ser frontal, ‘engancharse’, “*te podrías enfrentar de verdad a la situación de hablarlo, pero con el costo de que no funcione*” (E8, p. 78) Así, ciertos modos de ser joven, como lo es en el establecimiento de vínculos de pareja y relaciones menos normativizadas, desde el mercado del consumo se acentúan (Duarte, 2015), ya que éste actuaría como regulador de los vínculos y los jóvenes son los que desplegarían esta tendencia. En la cual, no se estaría disponible emocionalmente pero sí corporalmente, aún en el mercado y dispuestos a consumir.

Lo Público y Lo Privado

Hay dos niveles que emergen en esta dimensión. El primero, por un lado, es una lectura más amplia de lo público y lo privado, que hablaría de las interacciones de ambos mundos en lo constituyente de ser joven, así como también las conexiones entre espacios que son habitados en la intimidad, pero también compartidos colectivamente. El segundo nivel, más específico, remitiría a la relación de pareja en sí misma, donde lo que se cede a cada espacio también es pensado y redefinido,

pasando a tomar una importancia crucial que definiría el grado de seriedad de la misma, *“lo presento a toda mi familia, ¿esto lo hace más un pololeo de lo que teníamos antes?”* (E2, p. 17).

Así, habría un discurso compartido públicamente de relacionarse con menos ataduras y compromisos, lo que coincidiría con lo planteado con Barrientos (2006) que, desde una perspectiva generacional, las normas en los lazos sexo-afectivos se han flexibilizado, lo que no significa que sean menos complicadas, de hecho, estas ‘nuevas normas’ son más paradójicas e imprecisas. Esto se relaciona con lo planteado por Taguenca (2009), la juventud enfrenta su propia existencia desde sus mismas contradicciones y pluralidades, pero también desde la oposición a la cultura dominante, la cual es su contraparte, interpelando el ámbito público, y así, las relaciones de pareja no demandan sólo el espacio privado. Esta cultura dominante se establece en mandatos sociales como la fidelidad y tener pareja estable, y que la relación de pareja por defecto es el pololeo, el cual está investido por una serie de conductas asociadas y predeterminadas. Estas relaciones ya no son entendidas como únicas y permanentes, ni definidas para siempre, sino como algo diverso en permanente evolución y cambio, y así evidencian la constante contradicción y conflicto con las distintas formas que presentan las identidades plurales de ser joven (Taguenca, 2009).

En tanto se considera esto último como un posicionamiento, desde lo privado hacia lo colectivo, de lo que los jóvenes consideran importante y los interpela, en este caso, como quieren vivir sus relaciones de pareja. González (2012) problematiza que las narrativas juveniles son muy diversas, lo que evidencia la amplia brecha entre sus múltiples necesidades y las políticas públicas enfocadas a la juventud, las cuales, al menos en los temas que interpelan a la pareja, están concentradas en la promoción del uso de métodos anticonceptivos y la prevención de la violencia en el pololeo, específicamente, lo cual está lejos de entrar en este ámbito, de hecho, ni se consideraría: si cada vez más jóvenes eligen no pololear, campañas enfocadas a éstas relaciones es un desconocimiento de las dinámicas de cómo los jóvenes eligen llevar sus vínculos sexo-afectivos; en un plano tan significativo y presente en la generalidad, no son casos aislados. La reestructuración del vínculo de pareja estaría sucediendo en la colectividad. Si el Estado no reconoce estos lugares cotidianos, categorizando en sólo números en las encuestas si los jóvenes se declaran como solteros o en una relación, sin considerar la emergencia de lugares subjetivos, que

poco a poco se tornan políticos, provocaría que la esfera pública no se concibe como un espacio viable para el involucramiento de los jóvenes en él (González, 2012).

Las conexiones entre la experiencia personal y lo colectivo, evidencian el entrelazamiento de lo público y lo privado. Todo esto desemboca en el segundo nivel, en que el abrir el espacio social a la pareja muestra los nexos del sujeto con su entorno, así como también lo que no se quiere mostrar a éste y lo que se reserva a la intimidad. Los jóvenes consideran que la influencia de lo social toma peso en la relación y que esto, de alguna u otra forma, la determina. Como plantea Passos (2012), la pareja interactúa con el entorno social. De esta manera, es relevante considerar lo que es conscientemente separado para cada ámbito. Así, muchos jóvenes están de acuerdo en que estas relaciones sexo-afectivas se dan mayoritariamente en el espacio privado, donde no hay una familia ni amigos que son introducidos a la pareja, lo cual nos hablaría de una nueva dimensión de lo privado, se excluye a la familia de la pareja, no comparten el mismo mundo íntimo, ni siquiera se conocen entre sí y se prefiere mantener la relación, si bien no en completo secreto, si a resguardo.

De esta forma, no se llevaría la pareja a la casa porque está la familia, en tanto no se disponen de espacios propios porque se vive con los padres y se es económicamente dependiente de ellos, en esta prolongación de la adolescencia, cada vez más habitual en sociedades occidentales industrializadas (Arnett, 2000; Fierro Arias y Moreno Hernández, 2007; citado en Marzana et al., 2010; Rojas-Solís & Flores, 2013; Krauskopf, 2015) y muy propia de estratos sociales acomodados donde más que juventud, se viviría una *adolescencia 2.0*, una trayectoria privilegiada, de hacer todo lo que se quiere, de tener dinero para ello, pero oculto de los padres, lo que nos hablaría de vivencias de los jóvenes que no se identifican ni con la adolescencia propiamente tal, pero tampoco con la adultez (Rojas-Solís & Flores, 2013), en una lógica de jugar a ser adultos. Así, habría cierta inhibición en este aspecto, de llevar a la pareja a la casa, en lugar de vivirlo de una manera más resuelta, en este sentir generacional donde los jóvenes estarían en una transición entre ser niños y adultos, cuando en realidad estaríamos ante una transición entre una primera adolescencia y una segunda. También se relaciona a este aspecto, la sensación generalizada de que la familia, específicamente los padres, no entienden ni comparten los cambios que están sucediendo en la esfera pública sobre las relaciones de pareja, lo cual se resuelve en la esfera privada, viviendo la intimidad excluida del hogar y de la familia.

De esta forma, la vivencia del vínculo, y, sobre todo, de la sexualidad, sucedería fuera del hogar, esto es importante puntualizar ya que existe la *posibilidad* de poder hacerlo, de disponer de otros espacios seguros para tener relaciones sexuales, de poder pagar ciertos moteles y lugares, por ejemplo, de poder acceder a ciertos espacios para ello. Esto dejaría de manifiesto el acceso privilegiado que tienen algunos jóvenes a ciertas experiencias de vida, lo cual deja entrever las trayectorias que pueden *elegir* estos jóvenes, trayectorias que son acomodadas y favorecidas.

Acuerdos Implícitos

Para las y los jóvenes, entender elementos de la relación que no están manifiestos, pero que se suponen, significaría entrar en una esfera de reciprocidad subyacente con el otro, donde no se hablaría el estado de la relación, pero se asume y se da por sentado. Una parte importante de las relaciones de pareja de los jóvenes estaría puesta en lo implícito de ésta, donde habría algo aparentemente mutuo, pero no declarado.

De esta forma, existirían acuerdos tácitos que determinan la profundidad de la relación, encontrándose conjugadas ambas dimensiones en este punto. Hay elementos implícitos que definen la relación, no hay nombres, pero sí acuerdos sobreentendidos: *“no se hablaba, se dio por hecho”* (E3, p. 26). Esto, a la vez representaría la entrada a un terreno más pantanoso donde no hay nada muy claro, pero se sigue la corriente, *“como que tenía la duda, pero ni cagando la vaí a preguntar porque vaí a generar una hueá media extraña”* (E8, p. 72). Un acuerdo implícito aludiría a un contrato de hecho: aunque ninguno de los dos individuos de la relación haya dicho nada sobre este acuerdo, habría una expectativa en el otro u otra. El acuerdo se inferiría en lugar de ser expresado en palabras, aunque ninguna de las partes pueda haber dicho nada sobre éste, se deduce cuando las pautas son tales, como para inducir a creer que se está en una esfera íntima compartida.

Aparecería, entonces, la incertidumbre interna (*“no entiendo lo que está pasando, pero tampoco quiero parecer preocupada por la situación”*, E8, p. 72), pero sin manifestarla, porque la relación se movería en ese aspecto, en lo no manifiesto y en ese universo latente y encubierto que se desarrolla entre dos personas. Justamente, lo implícito se alimentaría de esta ambigüedad. También tendría relación con lo que se

ganaría en comparación a lo que se perdería al mantener este tipo de relaciones, es el telón de fondo donde se desarrollan, “*esta ambigüedad te permite estar en la facilidad de que no te tení que esforzar por nada, no te tení que enfrentar a situaciones incómodas ni nada, pero a la vez, a largo plazo, el costo es que se vuelve algo extraño*” (E8, p. 78). En consecuencia, encontramos aquí también una lógica mercantilista, donde el producto se evalúa para su consumo según sus beneficios, donde lo implícito acecha y se hace presente en las formas de dudas no manifestables, lo que implicaría vivir estas relaciones desde el no saber y no preguntar, ¿sería el vivir las relaciones desde la ambigüedad el precio a pagar por la comodidad y liviandad de éstas?

Pero ¿qué estaría detrás de esta práctica de no nombrar, de no saber? Por un lado, De la Espriella (2008) establece que una pareja es una relación consensuada, sin embargo, acá habría poco de consenso y más de suposiciones, de hecho, éste se evitaría y se daría la relación en evitar dicho consenso, o más bien, en evitar explicitar sentimientos, sensaciones e inseguridades. Esto es interesante y paradójico a la vez, ya que la primera dimensión de análisis refiere a los nuevos acuerdos en las relaciones, y, por tanto, a lo expresado y conciliado entre ambos, donde sería válido todo lo que se consensua entre dos personas, a pesar de ello, estas dos aristas confluyen en esta forma de ser y hacer pareja, lo que Caillé (1992, en de la Espriella, 2008) coincidiría en decir que la díada es paradójica. Hoy se vivirían las relaciones sexo-afectivas desde esa indecisión, desde este no saber, aunque sin poder pagar el precio de alcanzar la ansiada libertad de poder acceder a todo, lo que se manifestaría en inseguridad e incertidumbre que mina la propia capacidad de agencia de los sujetos (Arenas, 2011), en este caso, no se puede hablar, no se puede preguntar, no se puede cuestionar.

Los otros

‘Lo que dicen los otros’ permitiría leer lo joven en una perspectiva generacional, en que *lo que dice la familia*, representaría la interacción y choque entre dos generaciones diferentes, mientras que *lo que dicen los amigos*, abarcaría la esfera de los pares que viven y habitan un espacio y momento vital en común. Las narrativas de ambos grupos referidas a este tema no serían conjugables, existiendo separadamente para los jóvenes, ya que no representaría lo mismo lo que dice cada grupo. Por otro lado, hay que tomar en cuenta que las narrativas juveniles se caracterizan por su diversidad (González, 2012), y en ese caso, *lo que dicen los amigos* estaría lejos de

ser un consenso, en tanto lo constitutivo de ser joven apuntaría a las narrativas que se diferencian del mundo de los adultos.

Así es que, en primer lugar, habría una sensación generalizada, por parte de los entrevistados, de que la familia, específicamente los adultos, como los padres, no entienden ni comprenden estas transformaciones en los vínculos sexo-afectivos, lo que evidenciaría claramente cambios generacionales en este aspecto, donde las madres y padres requerirían y exigirían muchas más definiciones concretas en estos espacios: *“a mi mamá también le molestaba que yo estuviera con él de una forma diferente, que el hueón no fuera a la casa, yo creo que a mi mamá también le generaba no entiendo esta hueá”* (E4, p. 40). Las narrativas de la familia se aproximarían a discursos tradicionales de lo que es ser una pareja, donde se sancionaría, al menos implícitamente, que las hijas mujeres puedan tener más de una pareja sexo-afectiva: *“obvio que puedo salir con muchos hombres, pero lo encuentran extraño [...] no entienden”* (E5, p. 50). Uno de los factores que influiría en no presentar las parejas a los padres, sería la incomprensión y censura en este aspecto: *“uno prefiere omitir estas hueás a los papás porque no entienden y no van a entender nunca”* (E5, p. 50).

Se constituiría lo juvenil como fase biográfica que expresa las transformaciones de la sociedad que están viviendo los sujetos (Zarzuri, 2014, en Krauskopf, 2015). Habría que considerar que, en todas las épocas modernas, los adultos de ese momento habrían manifestado su desentendimiento hacia dinámicas juveniles determinadas, que se establecerían como novedad y agente de cambio. Si hace diez años eran, por ejemplo, las tribus urbanas, hoy serían las relaciones sexo-afectivas. Esto deja entrever que algunos aspectos para entender lo juvenil es independiente de la época, encontrando diversas juventudes, no delimitadas por el rango de edad, sino que sería un objeto construido (Brito, 1998; Dávila et al., 2005; Escobar, 2009; Taguena, 2009; Marzana et al., 2010; Duarte, 2015; Krauskopf, 2015), lo que alude a que las trayectorias juveniles son procesos influidos social, política, económica y culturalmente, ya que cada formación socio-histórica define la juventud y lo juvenil, donde el estrato socioeconómico de pertenencia posee una importancia significativa en su conformación identitaria y en la experiencia de joven que se vivencia (Duarte, 2015).

Los y las jóvenes demandan a los adultos una reorganización de esquemas, estableciendo nuevos modelos y metas de desarrollo (Krauskopf, 1999), donde manifestarían su oposición hacia las normas adultas, lo que desembocaría en que la relación en sí misma está siendo cambiada, en un proceso de definir prácticas de libertad, es decir, formas aceptables de existencia, definiendo nuevas formas de ser y existir (Escobar, 2009). Se suele deslegitimar el presente de joven por su carácter transicional, reconociendo que son sujetos inmaduros e incompletos, porque el futuro del joven es ser adulto, no eternamente joven (Taguenca, 2009). El adulto predeterminado por estereotipos sociales sería la norma (Krauskopf, 2015), “*para mi mamá, si te gusta alguien te pones a pololear, y si no te gusta, terminas*” (E4, p. 40). Las narrativas de los padres reflejarían el futuro de este adulto, ellos mismos como referencia, en cuanto a posibilidad permitida. Sin embargo, esto no podría imponerse a jóvenes que están que están apropiándose de nuevos sentidos y horizontes (Krauskopf, 2015).

Por otro lado, con las y los amigos no habría una narrativa definida hacia el tema, no se dicen cosas sobre las parejas ni lo que siente a cada uno, al contrario, hay una experiencia que no es expresada y una intención de tampoco permitirse ser vulnerable con los amigos. De hecho, no fue posible extraer relatos sobre *lo que dicen los amigos*, sino que se hizo presente *lo que no se cuenta a los amigos y lo que no dicen éstos*, cuando se está en una relación de sexo-afectiva ambigua y sin nombre declarado. Algunos sostienen que lo dicho por amigas y amigos no es manifiesto, si no que entre éstos se subentiende que se comparte una esfera íntima con *alguien*, pero no se habla, se trivializa lo que se está sintiendo y se cierra la puerta a hablar sobre la posibilidad: *[con los amigos] de la parte sentimental nica se habla* (E8, p. 78) Lo que no dicen los amigos, también hablaría de subentender a un nivel implícito un mundo de significados que no está muy claro para nadie, empatizando tácitamente con este sentir incómodo y borroso pero evitando hincarle el diente: “*entonces creo que se habla mucho más de lo físico, de lo concreto con tus amigos [...] eso se cuenta, pero no se habla tanto de lo que te está pasando*” (E8, p. 78).

Como se mencionó anteriormente, si bien la juventud se autoconstruiría en las relaciones de oposición que establece con las estructuras de las instituciones adultas, esto ocurriría especialmente a través de sus interacciones conjuntas con sus vínculos significativos, en este caso, los amigos, con los cuales construye un ‘sujeto liberado’ en apariencia, pero amarrado en el fondo a las particulares estructuras de lo juvenil construidas (Taguenca, 2009). Se hipotetiza que los amigos reconocerían esto, pero

como ellos también lo estarían viviendo, en las narrativas se evidenciaría este hueco, que sólo aparentemente es liberado y por eso no se profundiza, porque se reconocería su condición vacía: *“de repente a uno le preguntan, los amigos le preguntan “¿y estás bien con eso?” y es como “sí”, pero en verdad nunca se habla del tema de, oh, quizás me estoy pasando este rollo”* (E8, p. 78). Habría una preocupación por el bienestar desde los amigos y amigos, pero sería una preocupación frívola, solo un chequeo. Lo cual es muy propio de este tipo de relaciones, también basadas en un bienestar frágil y etéreo. No se querría ahondar en un espacio que todos estarían sintiendo como incierto, incómodo y fugaz: *“yo creo que tiene que ver que nadie quiere admitirlo en voz alta, no quiero decir que me están pasando cosas con este loco...no quiero decir que me gusta en verdad”* (E8, p. 78).

Conclusiones

Los objetivos específicos de la presente investigación apuntaron a conocer la percepción acerca del noviazgo y otros vínculos de pareja de algunos jóvenes, identificando, desde su propia perspectiva, la presencia o ausencia de tensiones en la conformación de nuevas formas de relaciones sexo-afectivas, así como conocer la influencia de variables socioeconómicas en estas mismas dinámicas relacionales. Todo esto confluye bajo el marco del objetivo general, comprender los significados asociados a un proceso de redefinición del vínculo de pareja, en el cual los jóvenes deciden el tipo de relación que quieren formar, flexibilizando las pautas y la modalidad del vínculo, lo cual también da paso a un escenario más complejo y menos estandarizado. Los jóvenes consultados pertenecían a un estrato socioeconómico alto, egresados de un colegio particular pagado ubicado en la comuna de Vitacura, Santiago. Este último antecedente fue fundamental para este estudio, ya que permitió un acercamiento a este grupo social en específico, a sus narrativas y biografías de vida y a su mundo significativo y relacional, el cual está permeado por estas mismas condiciones, que no son sólo económicas, sino también políticas y socioculturales.

Teniendo esto en cuenta, uno de los principales frutos indirectos de la presente investigación, es la aproximación al concepto de trayectorias privilegiadas de los y las jóvenes consultados, posibilitada por la prolongación de la adolescencia como fenómeno sobresaliente que empapa la experiencia de juventud, lo que permite comprender también las relaciones de pareja. Se cuestiona si acaso no se estaría viviendo una segunda adolescencia o si realmente podemos hablar de una juventud propiamente tal. La trayectoria privilegiada se hace presente en la posibilidad de elegir y postergar, dada por la acumulación de ventajas en el ciclo vital, lo que permite que éstos y éstas jóvenes vivan con serenidad la visión de futuro y posponiendo la vida adulta con comodidad, resultando en biografías habitadas en una indefinición constante, en donde hacerse cargo de nada no sólo refiere a la vida cotidiana, en temas de autonomía, e independencia económica, sino también en las relaciones de pareja y/o sexo-afectivas. La superposición ambigua de etapas vitales en la que se ven envueltas estas juventudes también permite entender la misma ambigüedad y ambivalencia como otra de las piezas importantes del proceso de redefinición del vínculo de pareja en éstas y estos jóvenes.

Esto ha influido de lleno en el entendimiento de las dinámicas relacionales que jóvenes construyen, evidenciando una tensión entre el sí mismo y la sociedad. En

consiguiente, los significados asociados a este proceso de redefinición del vínculo de pareja en jóvenes de nivel socioeconómico alto, dan cuenta de que el pololeo ya no es la relación *por defecto*, sino que es personalizable, existiendo diversas formas de designar la vida en pareja, donde la relación es moldeada sólo por las personas que la componen, es decir, las pautas compartidas de lo que significa una relación ya no aplican. Se evidencia una necesidad de adaptar la modalidad de pareja a algo propio, sin nombre establecido y que se desarrollan en gran parte dentro lo implícito, donde los cuestionamientos de la relación de pareja tradicional, así como también del amor romántico, se han tomado la palestra pública, como discurso desde la colectividad, lo que ha impactado en el plano privado y subjetivo. Se denominan relaciones “más libres” y “sin tanta carga”, sin embargo, se pudo evidenciar que no son tan prácticas como proclaman, ni tan cómodas.

Otro elemento por destacar cuando los jóvenes significan sus experiencias en sus relaciones, en la descorporización de la relación y del otro u otra significativo/a, donde es permitido relacionarse sexo-afectivamente con otras personas cuando se tiene una pareja, lo que refleja una nueva lectura de la fidelidad, en donde se fragmenta el cuerpo como lugar de experiencia integrada. Al deconstruir el amor patriarcal, se permite tener relaciones sexo-afectivas con otras personas cuando se está en pareja, por salirse de los cánones posesivos de la pareja tradicional, lo cual es loable, pero hay una delgada línea, donde también se podría caer de todos modos en una forma de amor neoliberal, donde se consume a un otro ajeno a la relación, ya que lo sexual es completamente escindido de ésta.

Así, el proceso de redefinición de los vínculos de pareja, en jóvenes de clase alta, implica también pensar en la vulnerabilidad, donde estas relaciones liberadas en forma, pero dominadas de una nueva emocionalidad y de una inseguridad constante pero implícita, tienen la experiencia de ambivalencia. Amar implica una responsabilidad emocional demasiado potente, incomodando la relación de pareja estable. Esta es la piedra angular, ya que más allá de toda descripción que podamos hacer, lo relevante aquí entonces es introducir una dimensión significativa y simbólica, cómo entra en juego la subjetividad, en ese espacio de vulnerabilidad donde hay un otro u otra, en la experiencia encarnada.

No obstante, esta ambivalencia también permite el despliegue de ciertas ventajas, donde el libre mercado vuelve a hacerse presente y la nueva modalidad de relación de

pareja es vista desde el costo y el beneficio, en tanto la ambivalencia posibilita habitar un espacio cómodo e indefinido, con el costo que a la larga pesa esa misma liviandad. Elegir vivir los romances, desde la sinceridad, sin ataduras ni exclusividad nos habla de relaciones legítimas que deben ser respetadas por todas las partes que consensuan esto, sin embargo, el saldo inevitable es que esta forma de relacionarse tendría como base un individualismo tan interiorizado como sutil, donde la economía afectiva de la pareja opera como regulador en el establecimiento de relaciones sexo-afectivas. Desear relaciones sinceras también implicaría hacerse cargo del propio individualismo.

Otro elemento es la importancia de la familia en este proceso de redefinir las relaciones de pareja, la cual posee una trascendencia considerable y donde el peso de lo social abruma estas relaciones. Los jóvenes deben convivir con las narrativas de sus padres donde lo adulto es el punto de referencia como posibilidad permitida desde la cultura dominante, quienes no entienden estas transformaciones en los espacios íntimos. El ocultamiento de la relación a la familia es un interesante elemento resultante de esta dinámica, lo que alberga otra dimensión de lo privado.

Lo expuesto anteriormente permite concluir que en el proceso de redefinir los vínculos de pareja, los jóvenes no consideran la esfera pública como un espacio viable para la construcción e instalación de estas transformaciones e identidades, con lo que emergen otras fuentes que dan forma a las biografías personales, otros espacios para la construcción de las propias trayectorias, en tanto el cuerpo ocuparía un lugar central en esta tendencia, en concordancia a lo planteado por González (2012), en que el cuerpo se constituye como lugar de experiencia y resistencia. La relación sexo-afectiva basada en el bienestar interpela a un proceso donde las prácticas juveniles desde lo privado resignifican también lo público. Si colectivamente se están cuestionando las relaciones abusivas y el amor romántico, en el espacio íntimo esto repercute en nuevas formas de relacionarse, que no estarían acabadas ni resueltas aún.

Lo implícito de estas relaciones sexo-afectivas, se relaciona con la flexibilización de las trayectorias vitales, las cuales serían privilegiadas y acomodadas. Entendiendo que las trayectorias vitales son mediadas por los privilegios de clase, el poder vivir en la indefinición también sería un privilegio, no habría que hacerse cargo por nada, no habría que definir nada, es darse un lujo. Esto se acoplaría con las ideas de Tenorio (2012) quien describe que la manera en cómo integramos la noción de pareja en

nuestras vidas, estaría acotada y mediada por la situación material y social del sujeto, quien no siempre dispone con estos elementos para la construcción de una trayectoria propia. Son nuevas formas de relacionarse, pero que reproducen antiguas desigualdades.

Reflexiones finales

La manera en que las personas, sociedades y generaciones han estructurado los sucesos más relevantes de su vida sexual y afectiva, permite describir la interacción entre el individuo y la sociedad, ya que los contextos socioculturales y temporales permean las biografías y trayectorias vitales, así como también traspasa las formas de adaptación a los cambios tanto en la esfera pública, como privada (Barrientos, 2006). El análisis de las trayectorias sexuales-afectivas nos da elementos para una nueva comprensión sobre las actuales transformaciones en costumbres familiares y afectivas, así como evidencian cambios en estas mismas normas, lo cual permite considerar las relaciones de pareja de los y las jóvenes como un objeto de estudio en sí mismas, mereciendo un acercamiento desde la Psicología que vaya más allá de enfoques y teorías de las relaciones adultas. De esta forma, nos acercaremos a la noción de juventud como válida en sí misma, y no desde el déficit y la transgresión, que es hacia donde apuntan la mayoría de los trabajos sobre juventud. Las formas de socialización de los jóvenes, entonces, no podrían entenderse como previas a la adultez (Escobar, 2009), ya que se orientarían a la construcción y producción de nuevas narrativas para el presente, y no simplemente la incorporación de los códigos necesarios para insertarse en el mundo adulto céntrico, que actúa como la cultura dominante.

De esta manera, se considera una visión situada de juventud, es decir, una visión que se haga cargo de que la experiencia de juventud que se vivencia es distinta según estas particularidades, con lo que podemos adoptar un ángulo que nos proporciona valiosas herramientas de análisis. Los y las jóvenes de clase alta son una minoría como ninguna otra: una minoría que goza de un lugar privilegiado en la sociedad, ¿de qué otra minoría se puede decir eso? De esta manera, se instala en estos espacios la debatida noción de joven, como válida en sí misma, posibilitando un reconocimiento singular de esta etapa situada en la sociedad del bienestar, la cual, al contrario, suele ser puesta en un lugar de transición en vistas del futuro adulto. Así, hay un espacio simbólico que hace posible el surgimiento de una juventud específica en los estratos acomodados, donde a la vida adulta se está llegando con una mayor edad.

Porque muchas veces, al estar estudiando Psicología, en pregrado, la mirada de juventud se posiciona en estados biológicos normados en mayor o menor medida por criterios etarios, como si sólo hubiera una experiencia de ser joven. Se instala la necesidad de que comencemos a considerar en nuestra formación que, entre jóvenes

incluidos o excluidos, no es lo mismo participar de la sociedad desde dentro que desde sus márgenes (Escobar, 2009). Por este motivo, se hacen necesarios ramos de base que miren la juventud desde una posición particular, que se expanda más allá la perspectiva de la psicología del desarrollo.

Como limitaciones del presente estudio, se considera que el tema corresponde a un escenario muy extenso y variado, con lo que se seleccionó una pequeña parte de éste que no pretende representar a la totalidad de la población juvenil, pero sí entregar herramientas que posibiliten una mirada más profunda sobre la juventud de clase alta y las dinámicas que la interpelan, aunque la gran amplitud del tema de estudio permitió en esta oportunidad hacer una pincelada de esto. Siguiendo por esta misma línea, no se consideran ciertas variables que podrían ser relevantes para futuros estudios, como lo es la orientación sexual, ya que de la totalidad de entrevistados y entrevistadas, siete se declararon heterosexuales y sólo uno homosexual, con lo cual lo heterosexual aparece como posibilidad permitida y dibujada dentro de las trayectorias vitales de estos jóvenes. Por otro lado, no se profundizó sobre las diferencias sociales de distintos sectores, si no que se abordó sólo el estrato social privilegiado, redundando también en un discurso propio de la urbanidad.

En cuanto a proyecciones, se esboza estudiar este tema desde otros puntos de vista, que permita establecer más definiciones y comprensiones sobre las parejas jóvenes, y no limitarse sólo a enunciar “otras formas”. Se espera que la información recopilada y analizada no sirva sólo para una nueva clasificación de las parejas, si no que sirva para un entendimiento más profundo de todo lo que esto conlleva y significa. También se proyectan frutos para el quehacer clínico, en donde consultantes jóvenes puedan estar experimentando estas vivencias, con lo que este estudio pueda servir de acercamiento para que terapeutas tengan conocimientos de estas dinámicas emergentes.

Por último, sería interesante realizar un estudio similar transversal, donde no sólo confluyan variables como el estrato socioeconómico, sino que entren en juego más elementos que permitan comprender que la experiencia de juventud es distinta según, por ejemplo, lo urbano y lo rural, o de jóvenes pertenecientes a distintas comunidades (religiosas, indígenas, etc.), incorporando también un enfoque de género, el cual no fue abordado en la presente investigación.

Referencias Bibliográficas

Arenas, L. (2011). *Zygmunt Bauman: Paisajes de la modernidad líquida*. Daimon Revista Internacional de Filosofía, (54), 111-124.

Asociación de Investigadores de Mercado (2015) *Nuevo Modelo de Grupos Socioeconómicos* [diapositivas de PowerPoint]. Recuperado de <http://www.aimchile.cl/descargue-aca-el-estudio-completo-sobre-nuevo-modelo-de-grupos-socioeconomicos/>

Barrientos, J. (2006). *Nueva normatividad del comportamiento sexual juvenil en Chile. Última década*, 14(24), 81-97. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-22362006000100005&script=sci_arttext

Bauman, Z. (2005) *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.

Borobia, R. (2012) "*Reseña de*" *Jóvenes, territorios y complicidades*. Una antropología de la juventud urbana. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud 10.1.

Brito, R. (1998). *Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud*. Última década, (9), 8.

Calventus, J. (2008) *Una aproximación al análisis de datos cualitativos textuales*. Documento de trabajo. Universidad de Valparaíso.

Dávila, O., Ghiardo, F., & Medrano, C. (2005) *Los desheredados. Trayectoria de vida y nuevas condiciones juveniles*. CIDPA Ediciones. Centro de Estudios Sociales. Chile.

De la Espriella, R. (2008). *Terapia de pareja: abordaje sistémico*. Revista Colombiana de Psiquiatría, 37(1), 175-186.

Duarte, C. (2015). *Estudios Juveniles en Chile: "Devenir de una traslación"*. En Cottet, P., ed., *Juventudes: metáforas del Chile contemporáneo*, Proyecto Juventudes. Santiago: Ril Editores, 23-45.

Duran, M & Rogero, J. (2004). *Nuevas parejas para viejas desigualdades*. Parejas y formas de convivencia de la juventud, 25. España. Recuperado de https://www.researchgate.net/profile/Jesus_RogeroGarcia/publication/45428059_Nuevas_parejas_para_viejas_desigualdadeubs/links/0fcfd510bc79a3eff5000000.pdf

Escobar, M. (2009). *Jóvenes: cuerpos significados, sujetos estudiados*. *Nómadas*, (30), 104-117.

Espinoza, O. (2012). *Fortalezas y debilidades del sistema educacional chileno: una Mirada crítica*. Santiago de Chile: Centro de Investigación en Educación. Universidad UCINF. Recuperado de http://www.cie-ucinf.cl/download/position_papers_del_cie/EI%20Sistema%20Educativo%20Chileno%20Una%20Mirada%20Critica%20Final%20OE.pdf.

Fernández (2006) *Investigación cualitativa y psicología social crítica en el Chile actual: Conocimientos situados y acción política*. In *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research* (Vol. 7, No. 4, p. 15)

González, J. (2012). *(De)construyendo la esfera pública. Juventud y (la otra) cultura política*. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 10 (1), pp. 147-157.

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, P. (2004). *Metodología de la investigación*. México: Editorial Mc Graw Hill, 15-40.

Instituto Nacional de la Juventud - INJUV (2012) *Séptima Encuesta Nacional de Juventud*. Ministerio de Desarrollo Social, Gobierno de Chile.

Krauskopf, D. (2015) *Los marcadores de juventud: la complejidad de las edades*. Última década 23(42), 11-128. Proyecto Juventudes. Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0718-22362015000100006&script=sci_arttext&tlng=pt

Krauskopf, D. (1999). *El desarrollo psicológico en la adolescencia: las transformaciones en una época de cambios*. Adolescencia y salud, 1(2), 23-31. Recuperado de http://www.scielo.sa.cr/scielo.php?pid=S1409-41851999000200004&script=sci_arttext&tlng=pt

Marín, T. (2008). *Nuevas Formas de Moralidad en los y las Jóvenes Chilenos: Estudio exploratorio sobre configuraciones valóricas emergentes en jóvenes estudiantes de Santiago*. Última década, 16(28), 143-165. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362008000100008>

Marzana, D., Pérez-Acosta, A., Marta, E., & González, M.(2010). *La transición a la edad adulta en Colombia: una lectura relacional*. Avances en psicología latinoamericana, 28(1). pp. 99-112 Universidad del Rosario, Bogotá, Colombia.

Molina, M. (2016) *Algunas incidencias de las transformaciones socioculturales de los últimos treinta años en la sexualidad de las jóvenes chilenas*. Memoria para

optar al título de psicóloga. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Margulis, M. (2003). *Juventud, cultura, sexualidad: la dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Editorial Biblos.

Matus, C. (2005). *El carrete como escenario: una aproximación etnográfica a los códigos de la sexualidad ocasional en jóvenes urbanos*. *Última década*, 13(22), 09-37

Ministerio de Desarrollo Social (2015) *Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional: "Ampliando la mirada sobre la pobreza y la desigualdad"*. Subsecretaría de Evaluación Social. Gobierno de Chile.

Parker, I. (2004). *Investigación cualitativa*. Métodos cualitativos en Psicología, 13-31.

Passos Zuchelo, C. (2014). *La Pareja Binacional*. Proyecto de Tesis para optar al Grado de Magíster en Psicología Clínica de Adultos. Universidad de Chile. Disponible en <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/135045>

Piaget, J. (1991). *Seis estudios de psicología*. Editorial Labor S.A

Rivera, D., Cruz, C., & Muñoz, C. (2011). *Satisfacción en las relaciones de pareja en la adultez emergente: el rol del apego, la intimidad y la depresión*. Universidad Diego Portales. *Terapia psicológica*, 29(1), 77-83

Rivera, M. & Guevara, J. (2017) *Selección en la educación secundaria y acceso a universidades de élite por tipos de establecimiento en Chile*. Análisis de la cohorte 2016. Centro de Estudios. División de Planificación y Presupuesto. Ministerio de Educación, Gobierno de Chile. Recuperado de

<https://centroestudios.mineduc.cl/wp-content/uploads/sites/100/2017/06/DctoTrabajo8-MRivera.pdf>

Rojas-Solís, J. & Flores, A. (2013). *El noviazgo y otros vínculos afectivos de la juventud mexicana en una sociedad con características posmodernas* [Dating relationships and other affective linkages in Mexican youth within a society with postmodern characteristics]. Uaricha. Revista de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 10 (23) 120-139.

Romo, J. (2008). *Estudiantes universitarios y sus relaciones de pareja: de sus experiencias y proyectos de vida*. Revista mexicana de investigación educativa, 13(38), 801-823. Recuperado en 05 de junio de 2017, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-66662008000300006&lng=es&tlng=es.

Taguenca, J. (2009). *The Concept of Youth*. Revista mexicana de sociología, 71(1), 159-190. Recuperado en 03 de mayo de 2018, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032009000100005&lng=es&tlng=en

Tenorio, N. (2012). *Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad*. Sociológica, México. 27(76), 07-52. Recuperado en 09 de marzo de 2018, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732012000200001&lng=es&tlng=es.

EVALUACIÓN DE MEMORIA

Título: Para que nada nos separe, que nada nos una. El proceso de redefinición del vínculo de pareja en jóvenes de estrato socioeconómico alto

Autora: Javiera Zúñiga Silva

Evaluadora: Paulina Contreras

Contenido	Puntaje	Criterios a considerar
<p>Problema y Objetivos de Investigación</p> <p>Marco conceptual y/o teórico</p>	0.9	<p>El tema es relevante, se explica la relevancia disciplinaria de esta investigación, sin embargo, no queda claro de qué manera la producción de conocimiento de esta investigación es específicamente psicológica y no sociológica. Si bien se justifica bien la necesidad de estudiar relaciones de pareja juveniles, falta explicar más claramente la relación entre ellas y el nivel socioeconómico. Además, el colegio que se decide estudiar en un colegio cristiano evangélico, cuestión que parece importante a propósito de la construcción de significados en torno a las relaciones de pareja, sin embargo, este tema no se desarrolla y apenas se menciona.</p> <p>La pregunta de investigación es coherente con el planteamiento del problema, sin embargo, al presentar los antecedentes aparecen unas preguntas al parecer retórica que confunden.</p> <p>El objetivo general es coherente con la pregunta de investigación los objetivos específicos, sin embargo, están formulados de manera tal que su coherencia con el general no queda claro</p> <p>El primero objetivo específico hace referencia a la percepción en lugar de los significados, no queda claro cómo la percepción permitirá acceder al significado. El segundo objetivo específico habla de influencia de variables, lenguaje propio de las metodologías cuantitativas. Se entiende que lo que se intenta es identificar los elementos de privilegio descritos en la problematización, pero esto no queda claro por la manera en que está formulado el objetivo</p> <p>En el problema y en el marco teórico no aparecen las culturas juveniles, concepto que ayudaría a dar cuenta de otras variables relevantes para el problema y sobre todo a justificar la elección de</p>

		<p>un colegio particular caracterizado por su definición evangélica.</p> <p>A pesar de las pequeñas imprecisiones mencionadas, la formulación del problema y el marco teórico son suficientemente consistentes y relevantes.</p>
Marco Metodológico	0.8	<p>La propuesta metodológica es pertinente con el problema, pregunta y objetivos de la investigación, está bien fundamentada bibliográficamente, aunque se mezclan autores, por ejemplo, Hernández con Fernández que tienen perspectivas epistemológicas muy diferentes, por lo que los términos en que plantean la aproximación metodológica pueden ser contradictorios.</p> <p>El diseño de investigación también es apropiado</p> <p>El argumento utilizado para justificar que todos los entrevistados sean del mismo colegio es insuficiente se argumenta que se los escoge por ser de clase alta sin embargo existen más colegios de clase alta y no se explica porque se tomarán sujetos sólo de este colegio en particular</p> <p>La muestra no está suficientemente descrita, si bien se mencionan criterios de inclusión y exclusión, no se señala cuántas entrevistas se realizaron y cómo fueron utilizados estos criterios para cada uno de los sujetos entrevistados. Tampoco se señala el procedimiento de acceso a los entrevistados</p> <p>Se describen suficientemente las técnicas de producción y análisis de datos y se justifican sus procedimientos, aunque no se explicita como fueron construidas las pautas de entrevistas.</p> <p>No queda clara la manera en que se construyeron las dimensiones de análisis. Si bien se señala que se hizo a partir de la experiencia de la investigadora y el marco teórico, no se explicita qué aspectos fueron tomados de una y otra fuente. Tampoco se discute en qué medida las técnicas de producción y análisis de datos dan lugar a emergentes por fuera de las categorías teóricas predeterminadas.</p> <p>No hay referencia a los aspectos éticos involucrados en la estrategia.</p>
Análisis y	1.5	<p>Los resultados se ordenan adecuadamente a partir de las</p>

Resultados		<p>dimensiones elaboradas.</p> <p>Se describen claramente los resultados, aunque falta profundizar en algunos aspectos, por ejemplo, la dimensión temporal de las relaciones de pareja.</p> <p>El análisis es coherente con lo planteado en la metodología</p> <p>Se da cuenta apropiadamente de los resultados del análisis.</p>
Conclusiones y Discusión	1.4	<p>Existe diálogo entre los resultados presentados y la teoría. Los resultados se van sintetizando en función de las dimensiones predefinidas. Sin embargo, las interpretaciones ofrecidas en la discusión no se sostienen del todo en los resultados presentados.</p> <p>Se sintetizan los resultados en función de la pregunta y objetivos.</p> <p>Se reflexiona sobre los resultados más relevantes.</p> <p>Se reflexiona sobre el aporte disciplinar. Se reflexiona respecto de las limitaciones de los sujetos estudiados, pero no de los límites de la muestra dentro del colectivo enfocado (jóvenes de clase alta), en la medida que egresaron todos al mismo colegio.</p> <p>Las reflexiones finales y proyecciones para la psicología son adecuadas.</p>
Apreciación global	1.0	<p>En general la investigación se encuentra bien lograda, aunque falta algo de la profundización propia de las metodologías cualitativas. El proceso investigativo aparece ordenado y sistemático, aunque falta fundamentar mejor algunos aspectos metodológicos que redundan en las limitaciones de los resultados.</p>
Punto de Base	1.0	

Atendiendo a los elementos referidos anteriormente, la calificación final de la memoria es de un 6.6.

Paulina Contreras Leiva

Santiago, 11 de Diciembre de 2018

Profesor

Jorge Fernández Darráz.

Coordinador Memorias de Título

Pte.

En relación a la Memoria titulada “Para que nada nos separe, que nada nos una”, realizada por Javiera Zúñiga Silva, informo la siguiente evaluación:

1. Respecto del problema y objetivos de investigación:

Las secciones “Introducción” y “Antecedentes” logran situar adecuadamente el problema de investigación, considerando referencias bibliográficas pertinentes junto a un hilo argumental ordenado y consistente. La pregunta de investigación es clara y bien escrita. En relación a los objetivos, el verbo “conocer” me parece muy general y propio de cualquier investigación. El tercer objetivo específico me parece muy extenso en su escritura; se podría eliminar la aclaración “desde la perspectiva de los entrevistados” porque dicho objetivo se logra también a través del ejercicio hermenéutico de la autora.

El marco teórico se organiza fundamentalmente con lecturas de corte sociológico que sostienen la problematización del concepto de juventud y las relaciones de pareja. En este aspecto, la autora excede la citación de segunda fuente cuando cita Zygmunt Bauman a través de la referencia de Arenas, L. (2011). Es importante que en una tesis las citas de primera fuente superen las de segunda.

Puntaje: 0.8/1.0

2. Respecto del marco metodológico:

Muy bien escrito: claro, ordenado y bien justificado. Las dimensiones están bien definidas.

El único comentario es que falta explicitar la aproximación epistemológica del estudio, aún cuando la argumentación de las decisiones metodológicas develan una posición constructorista.

Puntaje: 1.0/1.0

3. Respecto del análisis y resultados:

En este aspecto, el análisis es muy interesante y bien articulado entre las hipótesis de la autora, el material de las entrevistas y las referencias bibliográficas. Logra una excelente triangulación entre dichos registros. En particular, la autora asume el riesgo y plantea varias reflexiones sobre el modo de comprender las dinámicas de pareja de los entrevistados. En este sentido, logra producir conocimiento y no solo develarlo.

Puntaje: 1.5/1.5

4. Respecto de las conclusiones y reflexiones finales:

Se destaca el posicionamiento sociológico desde el cual organiza el cierre del escrito. Logra aportar un foco socio político al fenómeno de estudio, lo cual no siempre se alcanza en una tesis de pregrado. Poder comprender las significaciones, las dinámicas, los temores y los deseos en relación al estatuto de clase, los privilegios y el sistema neoliberal es un gran acierto.

Puntaje: 1.5/1.5

5. Apreciación global:

Se trata de un trabajo muy bien organizado, muy bien escrito, con interesantes reflexiones de la investigadora que logra conectar lo psicológico con lo sociológico para abordar un fenómeno contemporáneo.

Quizás se podría volver sobre la caracterización –y caricaturización- de la generación millennial para conectarlo con las reflexiones de la autora.

Asimismo, sería oportuno en la presentación mostrar el origen del interés en el tema.

Puntaje: 1.0/1.0

6. Punto base 1.0

Nota final: 6.8

CLAUDIO ZAMORANO DIAZ

Académico Departamento de Psicología

Universidad de Chile

PAUTA DE EVALUACIÓN DE MEMORIA

Nombre de la investigación:

“Para que nada nos separe, que nada nos una”

Nombres de la estudiante: Javiera Zúñiga

Nombre del profesor/a informante: Felipe Gálvez Sánchez

Fecha: 11 diciembre de 2018

Contenido	Puntaje	Criterios a considerar
<p>Problema y Objetivos de Investigación</p> <p>Marco conceptual y/o teórico</p>	1.0	<p>Es una memoria que está muy bien planteada en sus términos, con una claridad respecto de la problematización, apuntando a un problema muy poco estudiado en aquel tipo de población. El tema de pareja trasciende dentro del estudio y se alcanza a visualizar temáticas que tienen que ver con las clases sociales, cuestión que la hace más interesante.</p> <p>Logra establecer un marco de referencia muy amplio y bastante actualizado que le permite lograr una buena discusión luego al momento del análisis de los resultados</p>
<p>Marco Metodológico</p>	1.0	<p>Probablemente es el elemento mejor trabajado en la memoria, está bien redactado y justificado, incluye cada uno de los pasos. Desarrolla una propuesta metodológica que contiene todo aquello que requiere un análisis cualitativo y particularmente la elección (y definiciones) de las dimensiones, son también un aporte a la disciplina. Creo que el marco metodológico es perfectamente replicable además en otro estudios de naturaleza similar.</p>
<p>Análisis y Resultados</p>	1.5	<p>Los resultados están en primer lugar muy bien presentados, contiene una amplia gama de citas extraídas de las entrevistas que se aprecia que fueron muy bien trabajadas.</p> <p>Logra situar el estudio gracias a las dimensiones (ya mencionadas) y con ello abarcar suficientemente el problema.</p>

		Se usan cuadros, se usan citas, se usan todo tipo de referencias que están al servicio de la calidad del estudio.
Conclusiones y Discusión	1,5	<p>La discusión está tremendamente enriquecida entre el trabajo teórico y los datos que ha construido la investigación. Se trata de un trabajo donde se aprecia además una buena síntesis fruto del uso permanente de hipótesis que demuestra una alta maniobrabilidad del tema de parte de la investigadora.</p> <p>Las conclusiones son también bastante definitivas, logran llegar a distinciones que no existen antes del estudio y que seguramente constituyen un aporte a la temática. Están redactadas de manera adecuada, logran responder de manera adecuada a la pregunta de investigación.</p> <p>Propone un dialogo entre los resultados obtenidos en el análisis con las teorías que ha considerado en el marco teórico y establece además una serie de reflexiones sobre los resultados más relevantes de la investigación en general.</p>
Apreciación global	1,0	Se trata de una muy buena tesis, de impecable factura y donde se aprecia que la memorista tuvo alta dedicación.
Punto de Base	1.0	

Nota final: 7,0 (siete)

Felipe Gálvez Sánchez
Académico Departamento de Psicología